

GUANTÁNAMO: INSIDE THE U.S. TORTURE CAMP

Rolling Stone

Rolling Stone Chile
Núm. 1007 - Agosto 24, 2006 - \$1.900

CHRISTINA AGUILERA

THE REVOLUTION EVENING POST

KURT VONNEGUT
"This Is the End of the World"

GNARLS BARKLEY
Summer's Weirdest Breakthrough

TUPAC IN BAGHDAD
The Music Soldiers Take Into Battle

the REVOLUTION EVENING post

episodio 5

eZine de ESCRITURA irregular

stuff :

roberto bolaño	los labios de lisa en 1974	2
	exilio y literatura	5
	carnet de baile	7
orlando luis pardo	fosgeno	10
álvaro bisama	clase z	11
	tribu	11
jorge enrique lage	bandeja de entrada / bandera de salida	12
	el otro señor k	13
rodrigo fresán	una novela por entregas	14
ahmel echevarría	pompeo & wanda	16
gonzalo garcés	pútrida patria	16
	panorama	17
william saroyan	club europa	19
enrique vila-matas	explorador que avanza	21
jorge enrique lage	el vuelo del gato samurai	22

staff :

ahmel echevarría
jorge enrique lage
orlando luis pardo lazo

Hemos sido cordialmente invitados a formar parte de la literatura chilena en Cuba. Por supuesto, hemos aceptado. No hubo ceremonia de iniciación. Mejor así.

a medio hacer,
ni crudos ni cocidos,
bipolares
capaces de cabalgar el huracán.

bolaño

¿Siguló siendo Enrique Vila-Matas amigo suyo luego de la pelea que tuvo usted con los organizadores del Premio Rómulo Gallegos?

Mi pelea con el jurado y los organizadores del premio se debió, básicamente, a que ellos pretendían que yo avalara, desde Blanes y a ciegas, una selección en la que yo no había participado. Sus métodos, que una pseudo poeta chavista me transmitió por teléfono, se parecían demasiado a los argumentos disuasorios de la Casa de las Américas cubana. Me pareció que era un error enorme que Daniel Sada o Jorge Volpi fueran eliminados a las primeras de cambio, por ejemplo. Ellos dijeron que lo que yo quería era viajar con mi mujer e hijos, algo totalmente falso. De mi indignación por esta mentira surgió la carta en donde los llamé neostalinistas y algo más, supongo. De hecho, a mí me informaron que ellos pretendían, desde el principio, premiar a otro autor, que no era Vila-Matas, precisamente, cuya novela me parece buena, y que sin duda era uno de mis candidatos.

¿No cree que si se hubiera emborrachado con Isabel Allende y Angeles Mastretta otro sería su parecer acerca de sus libros?

No lo creo. Primero, porque esas señoras evitan beber con alguien como yo. Segundo, porque yo ya no bebo. Tercero, porque ni en mis peores borracheras he perdido cierta lucidez mínima, un sentido de la prosodia y del ritmo, un cierto rechazo ante el plagio, la mediocridad o el silencio.

¿Qué es la patria para usted?

Lamento darte una respuesta más bien cursi. Mi única patria son mis dos hijos, Lautaro y Alexandra. Y tal vez, pero en segundo plano, algunos instantes, algunas calles, algunos rostros o escenas o libros que están dentro de mí y que algún día olvidaré, que es lo mejor que uno puede hacer con la patria.

los labios de Lisa en 1974

Mónica Maristain
(fragmentos de la última entrevista a Roberto Bolaño)
Playboy mexicana, abril 2003

¿Qué es la literatura chilena?

Probablemente las pesadillas del poeta más resentido y gris y acaso el más cobarde de los poetas chilenos: Carlos Pezoa Véliz, muerto a principios del siglo XX, y autor de sólo dos poemas memorables, pero, eso sí, verdaderamente memorables, y que nos sigue soñando y sufriendo. Es posible que Pezoa Véliz aún no haya muerto y esté agonizando y que su último minuto sea un minuto bastante largo, ¿no?, y todos estemos dentro de él. O al menos que todos los chilenos estemos dentro de él.

¿Por qué le gusta llevar siempre la contraria?

Yo nunca llevo la contraria.

¿Enrique Lihn, Jorge Teillier o Nicanor Parra?

Nicanor Parra por encima de todos, incluidos Pablo Neruda y Vicente Huidobro y Gabriela Mistral.

¿Eugenio Montale, T. S. Eliot o Xavier Villaurrutia?

Montale. Si en lugar de Eliot estuviera James Joyce, pues Joyce. Si en lugar de Eliot estuviera Ezra Pound, sin duda Pound.

¿John Lennon, Lady Di o Elvis Presley?

The Pogues. O Suicide. O Bob Dylan. Pero, bueno, no nos hagamos los remilgados: Elvis forever. Elvis con una chapa de sheriff conduciendo un Mustang y atiborrándose de pastillas, y con su voz de oro.

¿Quién lee más, usted o Rodrigo Fresán?

Depende. El Oeste es para Rodrigo. El Este para mí. Luego nos contamos los libros de nuestras correspondientes áreas y parece que lo hubiéramos leído todo.

¿Qué le hubiera dicho a Gabriela Mistral si la hubiera conocido?

Mamá, perdóname, he sido malo, pero el amor de una mujer hizo que me volviera bueno.

¿Y a Salvador Allende?

Poco o nada. Los que tienen el poder (aunque sea por poco tiempo) no saben nada de literatura, sólo les interesa el poder. Y yo puedo ser el payaso de mis lectores, si me da la real gana, pero nunca de los poderosos. Suenan un poco melodramático. Suenan a declaración de puta honrada. Pero, en fin, así es.

¿Y a Vicente Huidobro?

Huidobro me aburre un poco. Demasiado tralalí alalí, demasiado paracaidista que desciende cantando como un tirolés. Son mejores los paracaidistas que descienden envueltos en llamas o, ya de plano, aquellos a los que no se les abre el paracaídas.

¿Qué le produce el hecho de que Arturo Pérez Reverte sea actualmente el escritor más leído en lengua española?

Pérez Reverte o Isabel Allende. Da lo mismo. Feuillet era el autor francés más leído de su época.

¿Y el hecho de que Arturo Pérez Reverte haya ingresado a la Real Academia?

La Real Academia es una cueva de cráneos privilegiados. No está Juan Marsé, no está Juan Goytisolo, no está Eduardo Mendoza ni Javier Marías, no está Olvido García Valdez, no recuerdo si está Alvaro Pombo (probablemente si está se deba a una equivocación), pero está Pérez Reverte. Bueno, (Paulo) Coelho también está en la Academia brasileña.

¿Ha vertido alguna lágrima por las numerosas críticas que ha recibido por parte de sus enemigos?

Muchísimas, cada vez que leo que alguien habla mal de mí me pongo a llorar, me arrastro por el suelo, me arañeo, dejo de escribir por tiempo indefinido, el apetito baja, fumo menos, hago deporte, salgo a caminar a orillas del mar, que, entre paréntesis, está a menos de treinta metros de mi casa, y les pregunto a las gaviotas, cuyos antepasados se comieron a los peces que se comieron a Ulises, ¿por qué yo, por qué yo, que ningún mal les he hecho?

¿Era buen camarero o mejor vendedor de bisutería?

El oficio en el que mejor me he desempeñado fue el de vigilante nocturno de un camping cerca de Barcelona. Nunca nadie robó mientras yo estuve allí. Impedí algunas peleas que hubieran podido terminar muy mal. Evité un linchamiento (aunque de buena gana, después, hubiera linchado o estrangulado yo mismo al tipo en cuestión).

¿Ha experimentado el hambre feroz, el frío que cala los huesos, el calor que deja sin aliento?

Como dice Vittorio Gassman en una película: modestamente, sí.

¿Ha tallado en un tronco de árbol el nombre de la persona amada?

He cometido desmanes aún mayores, pero corramos un tupido velo.

¿Ha visto alguna vez a la mujer más hermosa del mundo?

Sí, cuando trabajaba en una tienda, allá por el año 84. La tienda estaba vacía y entró una mujer hindú. Parecía y tal vez fuera una princesa. Me compró algunos colgantes de bisutería. Yo, por descontado, estaba a punto de desmayarme. Tenía la piel cobriza, el pelo largo, rojo, y por lo demás era perfecta. La belleza intemporal. Cuando tuve que cobrarle me sentí muy avergonzado. Ella me sonrió como si me dijera que lo entendía y que no me preocupara. Luego desapareció y nunca más he vuelto a ver a alguien así. A veces tengo la impresión de que era la mismísima diosa Kali, patrona de los ladrones y de los orfebres, sólo que Kali también era la deidad de los asesinos, y esta hindú no sólo era la mujer más hermosa de la Tierra sino que también parecía ser una buena persona, muy dulce y considerada.

¿Le gustan los perros o los gatos?

Las perras, pero ya no tengo animales.

¿Colecionaba figuritas?

Sí. De fútbol y de actores y actrices de Hollywood.

¿Cuál es su equipo de fútbol favorito?

Ahora ninguno. Los que bajaron a segunda y luego, consecutivamente, a tercera y a regional, hasta desaparecer. Los equipos fantasmas.

¿A qué personajes de la historia universal le hubiera gustado parecerse?

A Sherlock Holmes. Al capitán Nemo. A Julien Sorel, nuestro padre, al príncipe Mishkin, nuestro tío, a Alicia, nuestra profesora, a Houdini, que es una mezcla de Alicia, de Sorel y de Mishkin.

¿Qué cosas debe a las mujeres de su vida?

Muchísimo. El sentido del desafío y la apuesta alta. Y otras cosas que me callo por decoro.

¿Ellas le deben algo a usted?

Nada.

¿Le preocupan las listas de ventas de sus libros?

En lo más mínimo.

¿Piensa alguna vez en sus lectores?

Casi nunca.

¿Qué cosas de todas las que le han dicho sus lectores en torno de sus libros lo han conmovido?

Me conmueven los lectores a secas, los que aún se atreven a leer el Diccionario filosófico de Voltaire, que es una de las obras más amenas y modernas que conozco. Me conmueven los jóvenes de hierro que leen a Cortázar y a Parra, tal como los leí yo y como intento seguir leyéndolos. Me conmueven los jóvenes que se duermen con un libro debajo de la cabeza. Un libro es la mejor almohada que existe.

¿Ha tenido miedo alguna vez de sus fans?

He tenido miedo de los fans de Leopoldo María Panero, el cual, por otra parte, me parece uno de los tres mejores poetas vivos de España. En Pamplona, durante un ciclo organizado por Jesús Ferrero, Panero cerraba el ciclo y a medida que se aproximaba el día de su lectura la ciudad o el barrio donde estaba nuestro hotel se fue llenando de freaks que parecían recién escapados de un manicomio, que, por otra parte, es el mejor público al que puede aspirar cualquier poeta. El problema es que algunos no sólo parecían locos sino también asesinos y Ferrero y yo temimos que alguien, en algún momento, se levantara y dijera: yo maté a Leopoldo María Panero y después le descerrajara cuatro balazos en la cabeza al poeta, y ya de paso, uno a Ferrero y el otro a mí.

¿Qué siente cuando hay críticos como Darío Osses que considera que usted es el escritor latinoamericano con más futuro?

Debe ser una broma. Yo soy el escritor latinoamericano con menos futuro. Eso sí, soy de los que tienen más pasado, que al cabo es lo único que cuenta.

¿Qué cosas lo aburren?

El discurso vacío de la izquierda. El discurso vacío de la derecha ya lo doy por sentado.

¿Qué cosas lo divierten?

Ver jugar a mi hija Alexandra. Desayunar en un bar al lado del mar y comerme un croissant leyendo el periódico. La literatura de Borges. La literatura de Bioy. La literatura de Bustos Domecq. Hacer el amor.

Cierre los ojos, ¿cuál de todos los paisajes de la Latinoamérica que usted recorrió le viene primero a la memoria?

Los labios de Lisa en 1974. El camión de mi padre averiado en una carretera del desierto. El pabellón de tuberculosos de un hospital de Cauquenes y mi madre que nos dice a mi hermana y a mí que aguantemos la respiración. Una excursión al Popocatepetl con Lisa, Mara y Vera y alguien más que no recuerdo, aunque sí recuerdo los labios de Lisa, su sonrisa extraordinaria.

¿Cómo es el paraíso?

Como Venecia, espero, un lugar lleno de italianas e italianos. Un sitio que se usa y se desgasta y que sabe que nada perdura, ni el paraíso, y que eso al fin y al cabo no importa.

¿Y el infierno?

Como Ciudad Juárez, que es nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasosegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos.

¿Pensó alguna vez en suicidarse?

Por supuesto. En alguna ocasión sobreviví precisamente porque sabía cómo suicidarme si las cosas empeoraban.

¿Creyó en algún momento que se estaba volviendo loco?

Por supuesto, pero me salvó siempre el sentido del humor. Me contaba historias que me volvían loco de risa. O recordaba situaciones que hacían que me tirara al suelo a reírme.

¿Usted ve su obra como la suelen ver sus lectores y críticos: arriba de todo *Los detectives salvajes* y luego todo lo demás?

La única novela de la que no me avergüenzo es *Amberes*, tal vez porque sigue siendo ininteligible. Las malas críticas que ha recibido son mis medallas ganadas en combate, no en escaramuzas con fuego simulado. El resto de mi "obra", pues bueno, no está mal, son novelas entretenidas, el tiempo dirá si algo más. Por ahora me dan dinero, se traducen, me sirven para hacer amigos que son muy generosos y simpáticos, puedo vivir, y bastante bien, de la literatura, así que quejarse sería más bien

gratuito y desagradecido. Pero la verdad es que no les concedo mucha importancia a mis libros. Estoy mucho más interesado en los libros de los demás.

¿No le da miedo que alguien quiera hacer la versión cinematográfica de *Los detectives salvajes*?

Ay, Mónica, yo les tengo miedo a otras cosas. Digamos: cosas más terroríficas, infinitamente más terroríficas.

¿Cuáles son los cinco libros que marcaron su vida?

Mis cinco libros en realidad son cinco mil. Menciono éstos sólo a manera de punta de lanza o embajada aviesas: *El Quijote*, de Cervantes. *Moby Dick*, de Melville. *La Obra Completa*, de Borges. *Rayuela*, de Cortázar. *La conjura de los necios*, de Kennedy Toole. Pero también debería citar: *Nadja*, de Breton. *Las cartas* de Jacques Vaché. Todo *Ubú*, de Jarry. *La vida, instrucciones de uso*, de Perec. *El castillo* y *El proceso*, de Kafka. *Los aforismos* de Lichtenberg. *El Tractatus*, de Wittgenstein. *La invención de Morel*, de Bioy Casares. *El Satiricón*, de Petronio. *La Historia de Roma*, de Tito Livio. *Los Pensamientos*, de Pascal.

¿Qué dice de los que piensan que *Los detectives salvajes* es la gran novela mexicana de la contemporaneidad?

Que lo dicen por lástima, me ven decaído o desmayándome en las plazas públicas y no se les ocurre nada mejor que una mentira piadosa, que por lo demás es lo más indicado en estos casos y ni siquiera es pecado venial.

¿Es cierto que fue Juan Villoro el que le convenció para que no titulara *Tormentas de mierda* a su novela *Nocturno de Chile*?

Entre Villoro y Herralde.

¿De quién más escucha consejos alrededor de su obra?

Yo no escucho consejos de nadie, ni siquiera de mi médico. Yo doy consejos a diestra y siniestra, pero no escucho ninguno.

¿A qué escritor mexicano admira profundamente?

A muchos. De mi generación admiro a Sada, cuyo proyecto de escritura me parece el más arriesgado, a Villoro, a Carmen Boullosa, entre los más jóvenes me interesa mucho lo que hacen Alvaro Enríquez y Mauricio Montiel, o Volpi e Ignacio Padilla. Sigo leyendo a Sergio Pitlor, que cada día escribe mejor. Y a Carlos Monsiváis, el cual, según me contó Villoro, motejó como Pol Pit a Talbo 2 o 3 (o 4), lo que me parece un hallazgo poético. Pol Pit, ¿es perfecto, no? Monsiváis sigue con las uñas aceradas. También me gusta mucho lo que hace Sergio González Rodríguez.

¿El mundo tiene remedio?

El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio y ésa es nuestra suerte.

¿Usted tiene esperanzas, en qué, en quiénes?

Mi querida Maristain, vuelve usted a empujarme a los potreros de la cursilería, que son mis potreros natales. Yo tengo esperanza en los niños. En los niños y en los guerreros. En los niños que follan como niños y en los guerreros que combaten como valientes. ¿Por qué? Me remito a la lápida de Borges, como diría el ínclito Gervasio Montenegro, de la Academia (como Pérez Reverte, fijese usted) y no hablemos más de este asunto.

¿Qué sentimientos le despierta la palabra póstumo?

Suena a nombre de gladiador romano. Un gladiador invicto. O al menos eso quiere creer el pobre Póstumo para darse valor.

¿Qué opina de quienes opinan que usted ganará el Premio Nobel?

Estoy seguro, querida Maristain, de que no lo ganaré, como también estoy seguro de que algún atorrante de mi generación sí que lo ganará y ni siquiera me mencionará de pasada en su discurso de Estocolmo.

¿Confiesa que ha vivido?

Bueno, sigo vivo, sigo leyendo, sigo escribiendo y viendo películas, y como les dijo Arturo Prat a los suicidas de la Esmeralda, mientras yo viva, esta bandera no se arriará.

¿Cuándo ha sido más feliz?

Yo he sido feliz casi todos los días de mi vida, al menos durante un ratito, incluso en las circunstancias más adversas.

¿Qué le hubiera gustado ser si no hubiera sido escritor?

Me hubiera gustado ser detective de homicidios, mucho más que ser escritor. De eso estoy absolutamente seguro. Un tira de homicidios, alguien que puede volver solo, de noche, a la escena del crimen, y no asustarse de los fantasmas. Tal vez entonces sí que me hubiera vuelto loco, pero eso, siendo policía, se soluciona con un tiro en la boca.

Latinoamérica fue el
manicomio de Europa
así como Estados
Unidos fue su fábrica.
La fábrica está ahora en
poder de los capataces
y locos huidos son su
mano de
obra. El
manicomio desde hace
más de sesenta años
se está quemando en su
propio aceite en su
propia grasa.
La perdurabilidad ha
sido vencida por la
velocidad de las
imágenes vacías. El
panteón de los hombres
ilustres lo descubrimos
con estupor es la
perrera del manicomio
que se quema.

He sido invitado para hablar del exilio. La invitación me llegó escrita en inglés y yo no sé hablar inglés. Hubo una época en que sí sabía o creía que sabía, en cualquier caso hubo una época, cuando yo era adolescente, en que creía que podía leer el inglés casi tan bien, o tan mal, como el español. Esa época desdichadamente ya pasó. No sé leer inglés. Por lo que pude entender de la carta creo que tenía que hablar sobre el exilio. La literatura y el exilio. Pero es muy posible que esté absolutamente equivocado, lo cual, bien mirado, sería a la postre una ventaja, pues yo no creo en el exilio, sobre todo no creo en el exilio cuando esta palabra va junto a la palabra literatura.

Para mí, creo que es conveniente decirlo ya mismo, es un placer estar aquí con ustedes, en la renombrada y famosa Viena. Para mí Viena tiene mucho que ver con la literatura y con la vida de algunas personas muy cercanas a mí y que entendieron el exilio como en ocasiones lo entiendo yo mismo, es decir como vida o como actitud ante la vida. En 1978 o tal vez en 1979 el poeta mexicano Mario Santiago, de regreso de Israel, pasó unos días en esta ciudad. Según me contó él mismo, un día la policía lo detuvo y luego fue expulsado. En la orden de expulsión se le conminaba a no regresar a Austria hasta 1984, una fecha que le parecía significativa y divertida a Mario y que hoy también me lo parece a mí. George Orwell no sólo es uno de los escritores remarcables del siglo XX sino también y sobre todo y mayormente un hombre valiente y bueno. Así que a Mario, en aquel año ya un tanto lejano de 1978 ó 79, le pareció divertido que lo expulsaran de Austria con esa recomendación, como si Austria lo hubiera castigado a no pisar suelo austriaco hasta que pasaran seis años y se cumpliera la fecha de la novela, una fecha que para muchos fue el símbolo de la ignominia y de la oscuridad y de la derrota moral del ser humano. Y aquí, dejando de lado lo significativo de la fecha, los mensajes ocultos que el azar o ese monstruo aún más salvaje que es la causalidad enviaba al poeta mexicano y por intermedio de éste me enviaba a mí, podemos hablar o retomar el posible discurso del exilio o del destierro: el ministerio del Interior austriaco o la policía austriaca o la Seguridad austriaca cursa una orden de expulsión y envía mediante esa orden a mi amigo Mario Santiago al limbo, a la tierra de nadie, que en inglés se dice *no man's land*, que francamente queda mejor que en español, pues en español tierra de nadie significa exactamente eso, tierra yerma, tierra muerta, tierra en donde no hay nada, mientras que en inglés se sobreentiende que sólo no hay hombres, pero animales o bichos o insectos sí hay, lo que la hace más agradable, no quiero decir muy agradable, pero infinitamente más agradable que en la acepción española, aunque probablemente mi percepción de ambos términos esté condicionada por mi ignorancia progresiva del inglés e incluso por mi ignorancia progresiva del español (el diccionario de la Real Academia Española no registra el término tierra de nadie, cosa que no es de

exilio



literatura

extrañar, o yo no he buscado bien). Pero lo cierto es que a mi amigo mexicano lo expulsan y lo ponen en la tierra de nadie. Yo veo la escena así: unos funcionarios austriacos timbran el pasaporte de Mario con la señal indeleble de que no puede pisar suelo austriaco hasta que se cumpla la fecha fatídica de Orwell y luego lo meten en un tren y lo despachan, con un billete gratis pagado por el estado austriaco, hacia el destierro temporal o hacia un exilio cierto de cinco años, al cabo de los cuales mi amigo puede, si así lo desea, pedir un visado y volver a pisar las hermosas calles de Viena. Si Mario Santiago hubiera sido un fanático de los festivales musicales de Salzburgo, sin duda se habría marchado de Austria con lágrimas en los ojos. Pero Mario nunca fue a Salzburgo. Se montó en el tren y no bajó hasta París y tras vivir unos meses en París tomó un avión rumbo a México y cuando llegó la fecha fatídica o festiva, depende, de 1984, Mario siguió viviendo en México y escribiendo en México poemas que nadie quería publicar y que posiblemente están entre los mejores de la poesía mexicana de finales del siglo XX, y tuvo accidentes y viajó y se enamoró y tuvo hijos y vivió una vida buena o mala, una vida en todo caso en los extramuros del poder mexicano, y en 1998 un automóvil lo atropelló en circunstancias oscuras, un coche que se dio a la fuga mientras Mario se daba a la muerte, tirado y solo en una calle nocturna de uno de los barrios periféricos de México Distrito Federal, una ciudad que en algún momento de su historia se asemejó al paraíso y que hoy se asemeja al infierno, pero no un infierno cualquiera sino el infierno especial de los hermanos Marx, el infierno de Guy Debord, el infierno de Sam Peckinpah, es decir un infierno singular en grado extremo, y allí murió Mario, como mueren los poetas, sumido en la inconsciencia y sin papeles, motivo por el cual cuando llegó una ambulancia a buscar su cuerpo roto nadie supo quién era y el cadáver se pasó varios días en la morgue, sin deudos que lo reclamaran, en una suerte de revelación final, en una suerte de epifanía negativa, quiero decir, como el negativo fotográfico de una epifanía, que es también la crónica cotidiana de nuestros países. Y entre las muchas cosas que quedaron inconclusas, una de ellas fue el regreso a Viena, el regreso a Austria, esta Austria que para mí, huelga decirlo, no es la Austria de Haider sino la Austria de los jóvenes que están contra Haider y que salen a la calle y lo hacen público, la Austria de Mario Santiago, poeta mexicano expulsado de Austria en 1978 e imposibilitado de regresar a Austria hasta 1984, es decir desterrado de Austria en el *no man's land* del ancho mundo y a quien, por lo demás, Austria y México y Estados Unidos y la felizmente extinta Unión Soviética y Chile y China le traían sin cuidado, entre otras cosas porque no creía en países y las Únicas fronteras que respetaba eran las fronteras de los sueños, las fronteras temblorosas del amor y del desamor, las fronteras del valor y el miedo, las fronteras doradas de la ética. Y con esto tengo la impresión de que

he dicho todo lo que tenía que decir sobre literatura y exilio o sobre literatura y destierro, pero la carta que recibí, que era larga y prolija, ponía especial énfasis en que debía hablar durante veinte minutos, algo que ustedes seguramente no me agradecerán y que para mí se puede convertir en un suplicio, sobre todo porque no estoy seguro de haber traducido correctamente esa misiva endemoniada, y además porque siempre he creído que los mejores discursos son los discursos breves. Literatura y exilio son, creo, las dos caras de la misma moneda, nuestro destino puesto en manos del azar. Sin salir de mi casa conozco el mundo, dice el Tao Te King, e incluso así, sin salir uno de su propia casa, el exilio y el destierro se hacen presentes desde el primer momento. La literatura de Kafka, la más esclarecedora y terrible (y también la más humilde) del siglo XX, así lo demuestra hasta la saciedad. Por supuesto, por el aire de Europa suena una cantinela y es la cantinela del dolor de los exiliados, una música hecha de quejas y lamentaciones y una nostalgia difícilmente inteligible. ¿Se puede tener nostalgia por la tierra en donde uno estuvo a punto de morir? ¿Se puede tener nostalgia de la pobreza, de la intolerancia, de la prepotencia, de la injusticia? La cantinela, entonada por latinoamericanos y también por escritores de otras zonas depauperadas o traumatizadas insiste en la nostalgia, en el regreso al país natal y a mí eso siempre me ha sonado a mentira. Para el escritor de verdad su única patria es su biblioteca, una biblioteca que puede estar en estanterías o dentro de su memoria. El político puede y debe sentir nostalgia, es difícil para un político medrar en el extranjero. El trabajador no puede ni debe sentir nostalgia: sus manos son su patria. ¿Entonces quién entona esta espantosa cantinela? Las primeras veces que la oí pensé que eran los masoquistas. Si estás preso en una cárcel de Tailandia y eres suizo, es normal que desees cumplir tu condena en una cárcel de Suiza. Lo contrario, es decir que seas un tailandés preso en Suiza y sin embargo desees cumplir el resto de tu condena en una cárcel de Tailandia, no es normal, a menos que esa nostalgia anormal esté dictada por la soledad. La soledad sí que es capaz de generar deseos que no se corresponden con el sentido común o con la realidad. Pero yo estaba hablando de escritores, es decir estaba hablando de mí, y allí sí que puedo decir que mi patria es mi hijo y mi biblioteca. Una biblioteca modesta que he perdido en dos ocasiones, con motivo de dos traslados radicales y desastrosos y que he rehecho con paciencia. Y llegado a este punto, al punto de la biblioteca, no puedo sino acordarme de un poema de Nicanor Parra, un poema que me viene como anillo al dedo para hablar de literatura e incluso de literatura chilena y exilio o destierro. El poema empieza hablando de los cuatro grandes poetas chilenos, una discusión eminentemente chilena que la demás gente, es decir el 99,99 por ciento de críticos literarios del planeta Tierra, ignoran con educación y un poco de hastío. Hay quienes afirman que los cuatro

bolaño

grandes poetas de Chile son Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Pablo de Rokha, otros que son Pablo Neruda, Nicanor Parra, Vicente Huidobro y Gabriela Mistral, en fin, el orden varía según los interlocutores, pero siempre son cuatro sillas y cinco poetas, cuando lo más lógico y lo más sencillo sería hablar de los cinco grandes poetas de Chile y no de los cuatro grandes poetas de Chile. Hasta que llegó el poema de Nicanor Parra, que dice así:

Los cuatro grandes poetas de Chile
Son tres
Alonso de Ercilla y Rubén Darío.

Como ustedes saben, Alonso de Ercilla fue un soldado español, noble y bizarro, que participó en las guerras coloniales contra los araucanos y que de vuelta en su Castilla natal escribió La Araucana, que para los chilenos es el libro fundacional de nuestro país y que para los amantes de la poesía y de la historia es un libro magnífico, lleno de arrojo y lleno de generosidad. Rubén Darío, como ustedes también saben, y si no lo saben no importa –es tanto lo que todos ignoramos incluso de nosotros mismos–, fue el creador del modernismo y uno de los poetas más importantes de la lengua española en el siglo XX, probablemente el más importante, nacido en Nicaragua en 1867 y muerto en Nicaragua en 1916, que llegó a Chile a finales del siglo XIX y en donde tuvo buenos amigos y mejores lecturas pero en donde también fue tratado como un indio o como un cabecita negra por una clase dominante chilena que siempre se ha vanagloriado de pertenecer al cien por ciento a la raza blanca. Así que cuando Parra dice que los mejores poetas chilenos son Ercilla y Darío, que pasaron por Chile y que tuvieron experiencias fuertes en Chile (Alonso de Ercilla en la guerra y Darío en las escaramuzas de salón) y que escribieron en Chile o sobre Chile, y en la lengua común que es el español, pues dice la verdad y no sólo zanja la ya aburrida cuestión de los cuatro grandes sino que abre nuevas interrogantes, nuevos caminos, además de ser su poema o artefacto, que es como Parra denomina a estos textos cortos, una versión o diversión de aquellos versos de Huidobro que dicen así:

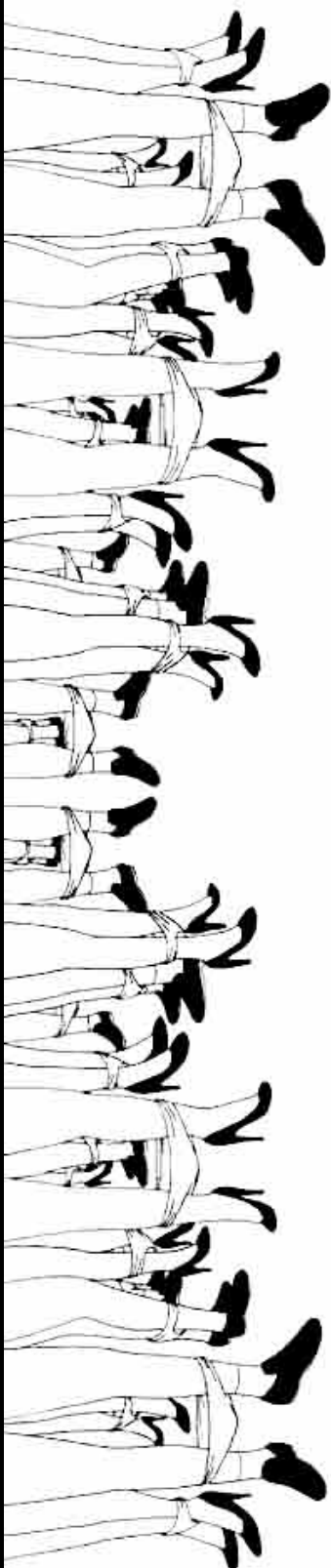
Los cuatro puntos cardinales
Son tres
El sur y el norte.

Los versos de Huidobro son muy buenos y a mí me gustan mucho, son versos aéreos, como buena parte de la poesía de Huidobro, pero la versión/diversión de Parra me gusta más, es como un artefacto explosivo puesto allí para que los chilenos abramos los ojos y nos dejemos de tonterías, es un poema que indaga en la cuarta dimensión, tal como pretendía Huidobro, pero en una cuarta dimensión de la conciencia ciudadana, y aunque a primera vista parece un chiste, y además es un chiste, al segundo vistazo se nos revela como una declaración de los derechos humanos. Es un poema que, al menos a los compungidos y atareados chilenos, nos dice la verdad, es decir que nuestros cuatro grandes poetas son Ercilla y Darío, el primero muerto en su Castilla natal en 1594, tras una vida de viajero impenitente (fue paje de Felipe II y viajó por Europa y luego combatió en Chile a las Órdenes de Alderete y en Perú a las órdenes de García Hurtado de Mendoza), el segundo muerto en su Nicaragua natal tras haber vivido prácticamente toda su vida en el extranjero, en 1916, dos años después de la muerte de Trakl, ocurrida en 1914. Y ahora que he tocado a Trakl permítanme una digresión pues se me ocurre pensar que cuando éste abandona los estudios y entra a trabajar en una farmacia como aprendiz, a la tierna pero ya no inocente edad de dieciocho años, también está optando (y optando de forma natural) por el destierro, pues entrar a trabajar en una farmacia a los dieciocho años es una forma de destierro, así como la drogadicción es otra forma de destierro, y el incesto otra más, como bien sabían los clásicos griegos. En fin, tenemos a Rubén Darío y tenemos a Alonso de Ercilla, que son los cuatro grandes poetas chilenos, y tenemos lo primero que nos enseña el poema de Parra, es decir, que no tenemos ni a Darío ni a Ercilla, que no podemos apropiarnos de ellos, sólo leerlos, que ya es bastante. La segunda enseñanza del poema de Parra es que el nacionalismo es nefasto y cae por su propio peso, no sé si se entenderá el término caer por su propio peso, imaginaos una estatua hecha de mierda que se hunde lentamente en el desierto, bueno, eso es caer por su propio peso. Y la tercera enseñanza del poema de Parra es que probablemente nuestros dos mejores poetas, los dos mejores poetas chilenos fueron un español y un nicaragüense que pasaron por esas tierras australes, uno como soldado y persona de gran curiosidad intelectual, el otro como emigrante, como un joven sin dinero pero dispuesto a labrarse un nombre, ambos sin ninguna intención de quedarse, ambos sin ninguna intención de convertirse en los más grandes poetas chilenos, simplemente dos personas, dos viajeros. Y con esto creo que queda claro lo que pienso sobre literatura y exilio o sobre literatura y destierro.

carnet de baile

de Putas asesinas (2001)

roberto bolao



1. Mi madre nos leía a Neruda en Quilpué, en Cauquenes, en Los Ángeles.
2. Un único libro: *20 poemas de amor y una canción desesperada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961. En la portada un dibujo de Neruda y un aviso de que aquella era la edición conmemorativa de 1,000,000 de ejemplares. ¿En 1961 se había vendido 1,000,000 de ejemplares de los *20 poemas* o se trataba de la totalidad de la obra publicada de Neruda? Me temo que lo primero, aunque ambas posibilidades son inquietantes, y ya inexistentes.
3. En la segunda página del libro está escrito el nombre de mi madre, María Victoria Ávalos Flores. Una observación tal vez superficial, contra todos los indicios, me hace concluir que no fue ella quien escribió su nombre allí. Tampoco es la letra de mi padre, ni de nadie que yo conozca. ¿De quién, entonces? Tras observar cuidadosamente esa firma desdibujada por los años tengo que admitir, si bien con reservas, que es la de mi madre.
4. En 1961, en 1962, mi madre tenía menos años de los que yo tengo ahora, no llegaba a los 35, y trabajaba en un hospital. Era joven y animosa.
5. Los *20 poemas*, mis *20 poemas*, han recorrido un largo camino. Primero por diversos pueblos del sur de Chile, después por varias casas de México DF, después por tres ciudades de España.
6. El libro, por supuesto, no era mío. Primero fue de mi madre. Esta se lo regaló a mi hermana y cuando mi hermana se fue de Gerona rumbo a México me lo regaló a mí. Entre los libros que me dejó mi hermana mis favoritos eran los de ciencia ficción y la obra completa, hasta ese momento, de Manuel Puig, que yo mismo le había regalado y que entonces releí.
7. Neruda ya no me gustaba. ¡Y menos aún los *20 poemas de amor*!
8. En 1968 mi familia se fue a vivir a México DF. Dos años después, en 1970, conocí a Alejandro Jodorowski, que para mí encarnaba al artista de prestigio. Lo busqué a la salida de un teatro (dirigía una versión de *Zaratustra*, con Isela Vega), le dije que quería que me enseñara a dirigir películas y desde entonces me convertí en asiduo visitante de su casa. Creo que no fui un buen alumno. Jodorowski me preguntó cuánto gastaba en tabaco cada semana. Le dije que bastante, pues desde siempre he fumado como un carretero. Jodorowski me dijo que dejara de fumar y que ese dinero lo invirtiera en pagar unas clases de meditación zen con Ejo Takata. De acuerdo, dije. Durante unos días estuve con Ejo Takata, pero a la tercera sesión decidí que eso no era lo mío.

9. Abandoné a Ejo Takata en plena sesión de meditación zen. Cuando quise dejar la fila el japonés se abalanzó sobre mí blandiendo un bastón de madera, el mismo con el que golpeaba a los alumnos que así se lo pedían. Es decir, Ejo ofrecía el bastón, los alumnos decían sí o no, y en caso de ser la respuesta afirmativa, Ejo les descerrajaba unos planazos que atronaban el espacio en penumbra impregnado de incienso.

10. A mí, sin embargo, no me ofreció la posibilidad de denegar los golpes. Su ataque fue fulminante y estentóreo. Yo estaba junto a una chica, cerca de la puerta, y Ejo estaba al fondo de la habitación. Supuse que tenía los ojos cerrados y creí que no me iba a escuchar cuando me marchara. Pero el pinche japonés me escuchó y se abalanzó sobre mí gritando el equivalente zen de banzai.

11. Mi padre fue campeón de boxeo amateur en la categoría de los pesos pesados. Su invicto reinado se circunscribió al sur de Chile. A mí nunca me gustó boxear, pero aprendí desde chico; siempre hubo un par de guantes de boxeo en mi casa, ya fuera en Chile o en México.

12. Cuando el maestro Ejo Takata se abalanzó gritando sobre mí probablemente no pretendía hacerme daño, tampoco esperaba que yo automáticamente me defendiera. Los planazos de su bastón servían generalmente para desentumecer los nervios agarratados de sus discípulos. Pero yo no tenía los nervios agarratados, yo sólo quería largarme de allí de una vez por todas.

13. Si crees que te atacan, te defiendes, esa es una ley natural, sobre todo a los 17 años, sobre todo en el DF. Ejo Takata era nerudiano en la ingenuidad.

14. Según Jodorowski, él había introducido a Ejo Takata en México. Durante una época Takata buscaba drogadictos por las selvas de Oaxaca, la mayoría norteamericanos, que no habían podido regresar después de un viaje alucinógeno.

15. Por lo demás, la experiencia con Takata no hizo que dejara de fumar.

16. Una de las cosas que me gustaba de Jodorowski era que hablaba de los intelectuales chilenos (generalmente en contra) y me incluía a mí. Eso me proporcionaba una gran confianza, aunque por descontado yo no tenía la más mínima intención de ser como aquellos intelectuales.

17. Una tarde, no sé por qué, nos pusimos a hablar de poesía chilena. Él dijo que el más grande era Nicanor Parra. Acto seguido, se puso a recitar un poema de Nicanor, y luego otro, y luego finalmente otro. Jodorowski recitaba bien, pero los poemas no me impresionaron. Yo era por entonces un joven hipersensible, además de ridículo y muy

orgullosa, y afirmé que el mejor poeta de Chile, sin duda alguna, era Pablo Neruda. Los demás, añadí, son unos enanos. La discusión debió de durar media hora. Jodorowski esgrimió argumentos de Gurdjieff, Krishnamurti y Madame Blavatski, luego habló de Kierkegaard y Wittgenstein, luego de Topor, Arrabal y él mismo. Recuerdo que dijo que Nicanor, de paso para alguna parte, se había alojado en su casa. En esa afirmación entreví un orgullo pueril que desde entonces nunca he dejado de percibir en la mayoría de los escritores.

18. En alguno de sus escritos Bataille dice que las lágrimas son la última forma de comunicación. Yo me puse a llorar, pero no de una manera normal y formal, es decir dejando que mis lágrimas se deslizaran suavemente por las mejillas, sino de una manera salvaje, a borbotones, más o menos como llora Alicia en el País de las Maravillas, inundándolo todo.

19. Cuando salí de casa de Jodorowski supe que nunca más iba a volver allí y eso me dolió tanto como sus palabras y seguí llorando por la calle. También supe, pero esto de una forma más oscura, que no volvería a tener un maestro tan simpático, un ladrón de guante blanco, el estafador perfecto.

20. Pero lo que más me extrañó de mi actitud fue la defensa más bien miserable y poco argumentada, pero defensa al fin y al cabo, que hice de Pablo Neruda, de quien sólo había leído los *20 poemas de amor* (que por entonces me parecían involuntariamente humorísticos) y el *Crepusculario*, cuyo poema "Farewell" encarnaba el colmo de los colmos de la cursilería, pero por el cual siento una inquebrantable fidelidad.

21. En 1971 leí a Vallejo, a Huidobro, a Martín Adán, a Borges, a Oquendo de Amat, a Pablo de Rokha, a Gilberto Owen, a López Velarde, a Oliverio Girondo. Incluso leí a Nicanor Parra. ¡Incluso leí a Pablo Neruda!

22. Los poetas mexicanos de entonces que eran mis amigos y con quienes compartía la bohemia y las lecturas, se dividían básicamente entre vallejianos y nerudianos. Yo era parriano en el vacío, sin la menor duda.

23. Pero hay que matar a los padres, el poeta es un huérfano nato.

24. En 1973 volví a Chile en un largo viaje por tierra y por mar que se dilató al arbitrio de la hospitalidad. Conocí a revolucionarios de distinto pelaje. El torbellino de fuego en el que Centroamérica no tardaría en verse envuelta ya se avizoraba en los ojos de mis amigos, que hablaban de la muerte como quien cuenta una película.

25. Llegué a Chile en agosto de 1973. Quería participar en la construcción del socialismo. El primer libro de poemas que compré fue *Obra gruesa*, de Parra. El segundo, *Artefactos*, también de Parra.

26. Tenía menos de un mes para disfrutar de la construcción del socialismo. Por supuesto, yo entonces no lo sabía. Era parriano en la ingenuidad.

27. Asistí a una exposición y vi a varios poetas chilenos, fue espantoso.

28. El 11 de septiembre me presenté como voluntario en la única célula operativa del barrio en donde yo vivía. El jefe era un obrero comunista, gordito y perplejo, pero dispuesto a luchar. Su mujer parecía más valiente que él. Todos nos amontonamos en el pequeño comedor de suelo de madera. Mientras el jefe de la célula hablaba me fijé en los libros que tenía sobre el aparador. Eran pocos, la mayoría novelas de vaqueros como las que leía mi padre.

29. El 11 de septiembre fue para mí, además de un espectáculo sangriento, un espectáculo humorístico.

30. Vigilé una calle vacía. Olvidé mi contraseña. Mis compañeros tenían 15 años o eran jubilados o desempleados.

31. Cuando murió Neruda yo ya estaba en Mulchén, con mis tíos y tías, con mis primos. En noviembre, mientras viajaba de Los Ángeles a Concepción, me detuvieron en un control de carretera y me metieron preso. Fui el único al que bajaron del autobús. Pensé que me iban a matar allí mismo. Desde el calabozo oí la conversación que sostuvo el jefe del retén, un carabino jovencito y con cara de hijo de puta (un hijo de puta revolviéndose en el interior de un saco de harina), con sus jefes de Concepción. Decía que había capturado a un terrorista mexicano. Luego se retractó y dijo: terrorista extranjero. Mencionó mi acento, mis dólares, la marca de mi camisa y de mis pantalones.

32. Mis bisabuelos, los Flores y los Graña, intentaron vanamente domar la Araucanía (aunque no fueron capaces ni de domarse a sí mismos), por lo que es probable que fueran nerudianos en la desmesura; mi abuelo Roberto Ávalos Martí fue coronel y estuvo destinado en varias plazas del sur hasta una jubilación temprana y oscura, lo que me hace pensar que fue nerudiano en el blanco y en el azul; mis abuelos paternos llegaron de Galicia y Cataluña, dejaron sus vidas en la provincia de Bio-Bio y fueron nerudianos en el paisaje y en la laboriosa lentitud.

33. Durante algunos días estuve encerrado en Concepción y luego me soltaron. No me torturaron, como temía, ni siquiera me robaron. Pero tampoco me dieron nada para

comer ni para taparme por las noches, por lo que tuve que vivir de la buena voluntad de los presos que compartían su comida conmigo. De madrugada escuchaba cómo torturaban a otros, sin poder dormir, sin nada que leer, salvo una revista en inglés que alguien había olvidado allí y en la que lo único interesante era un artículo sobre una casa que en otro tiempo perteneció al poeta Dylan Thomas.

34. Me sacaron del atolladero dos detectives, ex compañeros míos en el Liceo de Hombres de Los Ángeles, y mi amigo Fernando Fernández, que tenía un año más que yo, 21, pero cuya sangre fría era sin duda equiparable a la imagen ideal del inglés que los chilenos desesperada y vanamente intentaron tener de sí mismos.

35. En enero de 1974 me marché de Chile. Nunca más he vuelto.

36. ¿Fueron valientes los chilenos de mi generación? Sí, fueron valientes.

37. En México me contaron la historia de una muchacha del MIR a la que torturaron introduciéndole ratas vivas por la vagina. Esta muchacha pudo exiliarse y llegó al DF. Vivía allí, pero cada día estaba más triste y un día se murió de tanta tristeza. Eso me dijeron. Yo no la conocí personalmente.

38. No es una historia extraordinaria. Sabemos de campesinas guatemaltecas sometidas a vejaciones sin nombre. Lo increíble de esta historia es su ubicuidad. En París me contaron que una vez llegó allí una chilena a la que habían torturado de la misma manera. Esta chilena también era del MIR, tenía la misma edad que la chilena de México y había muerto, como aquella, de tristeza.

39. Tiempo después supe la historia de una chilena de Estocolmo, joven y militante del MIR o ex militante del MIR, torturada en noviembre de 1973 con el sistema de las ratas y que había muerto, para asombro de los médicos que la cuidaban, de tristeza, de morbus melancholicus.

40. ¿Se puede morir de tristeza? Sí, se puede morir de tristeza, se puede morir de hambre (aunque es doloroso), se puede morir incluso de spleen.

41. ¿Esta chilena desconocida, reincidente en la tortura y en la muerte, era la misma o se trataba de tres mujeres distintas, si bien correligionarias en el mismo partido y de una belleza similar? Según un amigo, se trataba de la misma mujer que, como en el poema de Vallejo "Masa",

al morir se iba multiplicando sin dejar por ello de morir. (En realidad, en el poema de Vallejo el muerto no se multiplica, quienes se multiplican son los suplicantes, los que no quieren que muera.)

42. Hubo una vez una poeta belga llamada Sophie Podolski, Nació en 1953 y se suicidó en 1974. Sólo publicó un libro llamado *Le Pays où tout est permis* (Montfaucon Research Center, 1972, 280 páginas facsimiles).

43. Germain Nouveau (1852-1920), que fue amigo de Rimbaud, pasó los últimos años de su vida como vagabundo y como mendigo. Se hacía llamar Humilis (en 1910 publicó *Les poèmes d'Humilis*) y vivía en las puertas de las iglesias.

44. Todo es posible. Eso todo poeta *debería* saberlo.

45. Una vez me preguntaron cuáles eran los jóvenes poetas chilenos que a mí me gustaban. Tal vez no emplearan la palabra "jóvenes" sino "actuales". Dije que me gustaba Rodrigo Lira, aunque este ya no pueda ser actual (pero sí joven, más joven que todos nosotros) puesto que está muerto.

46. Parejas de baile de la joven poesía chilena: los nerudianos en la geometría con los huidobrianos en la crueldad, los mistralianos en el humor con los rokhianos en la humildad, los parrianos en el hueso con los lihneanos en el ojo.

47. Lo confieso: no puedo leer el libro de memorias de Neruda sin sentirme mal, fatal. Qué cúmulo de contradicciones. Qué esfuerzo para ocultar y embellecer aquello que tiene el rostro desfigurado. Qué falta de generosidad y qué poco sentido del humor.

48. Hubo una época felizmente ya pasada de mi vida en que veía por el pasillo de mi casa a Adolf Hitler. Hitler no hacía nada más que caminar pasillo arriba y pasillo abajo y cuando pasaba por la puerta abierta de mi dormitorio ni siquiera me miraba. Al principio pensaba que era (¿qué otra cosa podía ser?) el demonio y que mi locura era irreversible.

49. Quince días después Hitler se esfumó y yo pensé que el siguiente en aparecer sería Stalin. Pero Stalin no apareció.

50. Fue Neruda el que se instaló en mi pasillo. No quince días, como Hitler, sino tres, un tiempo considerablemente más corto, señal de que la depresión amenguaba.

51. En contrapartida, Neruda hacía ruidos (Hitler era silencioso como un trozo de hielo a la deriva), se quejaba, murmuraba palabras incomprensibles, sus manos se alargaban, sus pulmones sorbían el aire del pasillo (de ese frío pasillo europeo) con fruición, sus gestos de dolor y sus modales de mendigo de la primera noche fueron cambiando de tal manera que al final el fantasma parecía recompuesto, otro, un poeta cortesano, digno y solemne.

52. A la tercera y última noche, al pasar por delante de mi puerta, se detuvo y me miró (Hitler nunca me había mirado) y, esto es lo más extraordinario, intentó hablar, no pudo, manoteó su impotencia y finalmente, antes de desaparecer con las primeras luces del día, me sonrió (¿como diciéndome que toda comunicación es imposible pero que, sin embargo, se debe hacer el intento?).

53. Conocí hace tiempo a tres hermanos argentinos que murieron intentando hacer la revolución en países diferentes de Latinoamérica. Los dos mayores se traicionaron mutuamente y de paso traicionaron al menor. Este no cometió traición alguna y murió, dicen, llamándolos, aunque lo más probable es que muriera en silencio.

54. Los hijos del león español, decía Rubén Darío, un optimista nato. Los hijos de Walt Whitman, de José Martí, de Violeta Parra; desollados, olvidados, en fosas comunes, en el fondo del mar, sus huesos mezclados en un destino troyano que espanta a los supervivientes.

55. Pienso en ellos estos días en que los veteranos de las Brigadas Internacionales visitan España, viejitos que bajan de los autocares con el puño en alto. Fueron 40,000 y hoy vuelven a España 350 o algo así.

56. Pienso en Beltrán Morales, pienso en Rodrigo Lira, pienso en Mario Santiago, pienso en Reinaldo Arenas. Pienso en los poetas muertos en el potro de tortura, en los muertos de sida, de sobredosis, en todos los que creyeron en el paraíso latinoamericano y murieron en el infierno latinoamericano. Pienso en esas obras que acaso permitan a la izquierda salir del foso de la vergüenza y la inoperancia.

57. Pienso en nuestras vanas cabezas puntiagudas y en la muerte abominable de Isaac Babel.

58. Cuando sea mayor quiero ser nerudiano en la sinergia.

59. Preguntas para antes de dormir. ¿Por qué a Neruda no le gustaba Kafka? ¿Por qué a Neruda no le gustaba Rilke? ¿Por qué a Neruda no le gustaba De Rokha?

60. ¿Barbusse le gustaba? Todo hace pensar que sí. Y Shólojov. Y Alberti. Y Octavio Paz. Extraña compañía para viajar por el Purgatorio.

61. Pero también le gustaba Éluard, que escribía poemas de amor.

62. Si Neruda hubiera sido cocainómano, heroinómano, si lo hubiera matado un cascote en el Madrid sitiado del 36, si hubiera sido amante de Lorca y se hubiera suicidado tras la muerte de este, otra sería la historia. ¡Si Neruda fuera el desconocido que en el fondo verdaderamente es!

63. ¿En el sótano de lo que llamamos "Obra de Neruda" acecha Ugolino dispuesto a devorar a sus hijos?

64. ¡Sin ningún remordimiento! ¡Inocentemente! ¡Sólo porque tiene hambre y ningún deseo de morirse!

65. No tuvo hijos, pero el pueblo lo quería.

66. ¿Como a la Cruz, hemos de volver a Neruda con las rodillas sangrantes, los pulmones agujereados, los ojos llenos de lágrimas?

67. Cuando nuestros nombres ya nada signifiquen, su nombre seguirá brillando, seguirá planeando sobre una literatura imaginaria llamada *literatura chilena*.

68. Todos los poetas, entonces, vivirán en comunas artísticas llamadas cárceles o manicomios.

69. Nuestra casa imaginaria, nuestra casa común.

¿Con qué nos quedamos? ¿Con las bellas letras o con la basura? ¿Con las novelas totales o con los engendros comerciales? ¿Con la poesía o con los subgéneros menores? Es difícil decidir: en un país que tiene a dos o tres bestselleristas de renombre, como Chile, es extraño que los géneros de explotación no hayan eclosionado con la fuerza que deberían haberlo hecho, que no haya cultura del policial o de la ciencia ficción más allá de los cenáculos de fanáticos. Que no haya porno, que no haya literatura erótica o folletín.

Se me ocurre todo eso cuando pienso en el olvido que ha caído la obra de Hugo Correa, o en ese prólogo de Héctor Velis-Meza para una antología de cuentos de terror de la década de los 80, que era pobre de ideas, escaso de teoría y absolutamente idiota. O que la obra de Ramón Díaz, un policial urbano, efectivo y sólido, circule más en el extranjero que acá. O que nadie –ahora que lanzan hasta las servilletas firmadas por Neruda– reedite las aventuras de Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno.

Porque no. Los escritores nacionales son tipos serios y refinados, y si se arriesgan, será con un par de chistes cultos, bromas celebradas en una mesa del Tavelli, mientras comentan que sí, eran buenos aquellos tiempos en el taller de Donoso. No. En Chile la clase B, la literatura de clase Z, los subgéneros no le gustan a nadie. Menos a los críticos, que evaden a Stephen King como si fuera la lepra, que obvian a Grisham, que con suerte han leído lo peor de Ballard, pero siguen celebrando el advenimiento de no sé qué poeta joven de 25 años, nazi, lesbiano y chilote, que escribe en yámbicos rapeados sobre la mugre de su ombligo.

Pero la basura está ahí. Detrás de todo. Los lectores están ahí, acechando, esperando porque salte la liebre. Gente que asuela San Diego, Franklin, la Plaza O'Higgins en Valparaíso. Adolescentes que crean sus propias páginas web para piratear lo que les gusta, para escribir las ficciones que anhelan y que nadie escribe. Fetichistas de libros antiguos. Fanáticos de películas de kárate. Adolescentes góticas que escriben mejores diarios de vida que los de Melissa Panarello, que el de Catherine Millet. Señoras y señoras que esperan ficciones obscenas para alegrar sus noches. Gente que quiere cadáveres y

zombies, vampiros y romanticismo barato. Gente que quiere hard boiled, splatter punk, porno suave y duro.

Ese público está ahí: es el lado oscuro de los que compran en las librerías de Providencia, los hermanos gemelos de los que van a la Feria del Libro, a la del Forestal, a la de la Estación Mapocho. Ese público y las ficciones que puede o no desear son invisibles, etéreos, porque ni los piratas hacen libros para ellos. Pero están ahí. Al acecho. Y la mejor literatura viene de donde menos se la espera. Si no, basta pensar en Borges, que adoraba a Mark Twain y a Lovecraft, pero que se saltaba olímpicamente a casi todos los rusos, optando por lo menor, por los perdedores y los olvidados, por esa legión de ficciones silenciadas que son en realidad el mejor patrimonio de nuestra mala memoria.

C L A S E Z

álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama

bisama·álvaro
bisama·álvaro
bisama·álvaro
bisama·álvaro

T R I B U

En los 90, alguna vez escribí para un viejo fanzine porteño un relato sobre las Tortugas Ninja. No era un mal cuento, creo, y debe estar perdido por ahí: el narrador era un mutante salido de un tarro de desechos radiactivos en el escenario de una Nueva York al borde del Apocalipsis finisecular.

Recordé ese texto –que era delirante pero que, recuerdo, me encantó escribir por lo estúpido y paródico de la idea– cuando empecé a leer *La séptima M* de Francisca Solar (n. 1983). Se trata, creo, de una escritura que no responde a las pautas habituales del mundillo literario local: la autora no se pasó años en talleres, no veneró vacas sagradas y, me imagino, jamás leyó a Donoso como si fuera la Biblia. Por el contrario, lo que hizo fue sentarse a escribir sobre el universo que le gustaba y conocía de memoria (el de Harry Potter y los X-Files), publicando en la web un gigantesco relato apócrifo por entregas, sin pedir permiso a nadie más que a sí misma y a sus eventuales lectores, los que pasaron de decenas a miles.

Gracias a eso, *La séptima M*, su primera novela impresa –que ahora se lanza en España y se transa en Frankfurt–, termina siendo algo inaudito para el medio chileno. Más allá de que el texto responda a los tópicos del thriller de suspenso y suponga una incursión más en una –más que detestable, para algunos– literatura comercial, escenifica el imaginario personal de un proyecto –alimentado por una larga tradición de géneros menores– que opta intencionalmente por ofrecerse como un espacio de

citas cruzadas una y otra vez, donde se yuxtaponen la obra televisiva de Chris Carter, kilos de música pop e infinitas películas policíacas.

Lo extraño es que ese universo, lejos de ser una colección arbitraria de referentes por encargo, pareciera poseer una oscura fuerza de gravedad propia: la heroína del libro está al borde de la depresión, otro de los protagonistas transa en línea imágenes de cadáveres descuartizados, y sobre toda la trama campea un clima clausurado, amplificado por el paisaje espectral de un sur poblado de cadáveres.

¿Es éste el futuro de la literatura chilena? Puede ser. Me parece divertido que así sea. La obra de Solar no proviene de ninguna academia y surge desde la red, la fan-fiction y los blogs; viene de lugares donde se están cocinando modos de encarar los relatos distintos a los de ficción consensuada local. Puede que se trate de una literatura descentrada, poblada de excentricidades involuntarias, pero también es posible ver ahí un método de ensayo y error que va avanzando y borrándose a diario, que no aspira a la trascendencia del papel y al que no le sirve otro canon que no sean sus propias obsesiones y fetiches culturales.

Es un desvío que se me antoja como necesario, porque tal vez me provoca un déjà vu, la memoria como un loop que va y viene, y me lanza directo a esos viejos fanzines en los que aprendí a escribir gran parte de mi generación, gente que se formó no con bibliotecas digitales sino con fotocopias, videos pirateados, libros prestados o robados o de quinta mano. Con una suerte de conocimiento atrasado y arrasado, descontextualizado; con los fragmentos de un saber mayor que se nos escurría pero que intentábamos capturar o procesar a como diera lugar, jugando con un mecano desarmado y armado a gusto que servía para construir, de paso –y parafraseando a Pitó–, nuestra propia casa de la tribu.

Álvaro Bisama
Valparaíso·75

jorge enrique la g e

A mediados del año pasado y por razones que tenían que ver con narrativa mutante, signifique eso lo que signifique, crucé unos mails con el escritor español Germán Sierra. Él tuvo la generosa idea de enviarme algunos de sus libros por correo postal. Yo le di mi dirección y me olvidé del asunto. Pasó más de un mes. Una tarde entré a la librería Ateneo Cervantes (frente a la Moderna Poesía, vaya manera de nombrar) y en la sección de libros usados y en consignación vi puesta una novela de Germán Sierra, *Efectos secundarios*. Editorial Debate. Cien pesos. Pensé que lo más probable era que el tipo nunca me enviara nada, o que me enviara lo último y no una novela del año 2000, premiada en el Premio Jaén (sí, el mismo que después ganó Ena Lucía Portela) por un jurado donde había escritores tan disímiles como Rodrigo Fresán y Belén Gopegui. Así que compré *Efectos secundarios* sin pensarlo mucho y en algún lugar de Prado me senté a hojearlo. El libro parecía nuevo pero tenía una dedicatoria: *Para Jorge Enrique Lage, muy agradecido por su interés. Germán Sierra*.

Leí esa dedicatoria como un millón de veces. No debo haber contado tantas reflexiones al estilo "de modo que la realidad era esto", "de modo que el realismo persiste", y cosas así. Al día siguiente volví a la librería. No estaba la empleada a quien llamaban La Tasadora, encargada de comprar los libros que la gente iba a vender, ponerles un precio y ponerlos ahí. Lo que sí estaba era *Alto voltaje*, un libro de cuentos de Germán Sierra, Random House Mondadori, 2004. Treinta pesos. *A Jorge Enrique Lage, estoy deseando poder leer los suyos. Un abrazo.*

Durante un tiempo consideré escribirle al buen Germán. Para darle las gracias, para decirle que ya tenía en mi poder los dos libros, en caso de que fueran dos. No tengo claro por qué no lo hice. Quizás porque me vería en el compromiso de enviarle mis libros que no existen y que, de existir, se perderían en el océano. El Atlántico como material aislante, como un ácido que disuelve ciertas cosas y no deja leer otras. Quizás porque el propio Germán y sus libros (los cuentos me interesaron mucho, la novela no tanto), considerados aisladamente, ya no tenían importancia para mí.

En uno de los mails que le había escrito con anterioridad, yo nombraba a otros escritores españoles: Javier Calvo, Eloy Fernández Porta (cuyo artículo "Retórica y punk en el relato contemporáneo" alguna vez leí como si se tratara de un nuevo evangelio), Juan Francisco Ferré, Vicente Luis Mora y Robert-Juan Cantavella (que fue jefe de redacción de la desaparecida revista *Latera*). Junto a Germán Sierra, algunas de las firmas más notables de la escena literaria alternativa y de vanguardia. El

sound remezclado de las tecnologías. Más champú y menos caspa. Paseos por el laboratorio y no por el parque. La sensación de que el realismo dominical tiene los días contados. Germán me escribió entonces algo así como que se alegraba de que una visión distinta y minoritaria de la literatura española hubiera llegado hasta Cuba. Volver sobre eso podía ser un buen reinicio del diálogo, pero tampoco así me animé. Estaba el peligro de que me pusieran rápidamente en contacto con todos esos escritores raros, abriéndome nuevas posibilidades de incomunicación: ellos empezaban a escribirme y yo no sabía responder de manera eficaz. No soy bueno escribiéndole a personas reales, en un momento u otro todo se me vuelve literatura. Por otra parte, ellos no tardarían en mandarme sus libros, quizás varias cajas de libros que, por supuesto, se perderían al tocar tierra.

Pero que los libros se pierdan es sólo el principio. El Atlántico como la posibilidad abierta a todos los desvíos. Más tarde que temprano los libros aparecen, y uno puede quedarse sin dinero, como yo, pero nunca quedarse dormido. Cuba no es precisamente el lado cómodo de la almohada. Los libros circulan de manera extraña. Se ocultan y se exhiben y se mueven siempre un poco más y un poco menos de lo debido. Desde esos movimientos singulares, en los cruces de esos tráficos y circulaciones es donde puede uno escribir o enfrentar la imposibilidad de escribir ciertas cosas a los escritores que te escriben mails, donde te das cuenta de que posiblemente has leído mejor o ya has leído cosas que aún no has leído y no tienes manera de saberlo. Hay algo ahí que tiene que ver con el instinto, con la supervivencia, con desarrollar anticuerpos. Y también con el robo. Yo soy el primero en robar. Cuba no es precisamente la ley y los buenos modales de un buque fantasma. El Atlántico como licencia a la piratería y, llegado el caso, licencia para matar.

Otra manera más *fantasy* de verlo: Hay un basural electrónico, una precaria estructura de desechos cuyas radiaciones se te han metido en la médula hasta el ADN. Un territorio a defender. Pero nunca matando mutantes. El mutante eres tú.

fresán

el otro señor

K

No sé si es cierto aquello de que la erupción del volcán Krakatoa generó una ola gigante que dio la vuelta al mundo; pero sí está perfectamente claro que el sonido de esos disparos a las 12:33 de una soleada mañana de Texas hace cuarenta años todavía retumban hoy en los pasillos del inconsciente colectivo. Ya se sabe: la cabeza de un luminoso presidente norteamericano volando por los aires frente a una multitud y –de inmediato, en vivo y en directo, como el Apolo 11 o el 11 de septiembre– el nacimiento de un mito sombrío y de la manía conspiratoria donde nada queda del todo explicado y donde la Gran Historia Oficial se astilla en diferentes pequeñas e hipotéticas historias. Así la efeméride como súbito Expediente X y el literalmente Big Bang de la ficción avanzando sobre los territorios de lo documental. Así la persona de John Fitzgerald Kennedy muriendo para resucitar como gran personaje y, de paso, convirtiendo a todo el planeta en escena del crimen.

Preparen

Y, de acuerdo, hacía tiempo que los Estados Unidos ya habían inaugurado la costumbre de matar presidentes, pero también es cierto que el magnicidio de JFK es el instante en que, se repite una y otra vez, el país pierde su inocencia (la muerte de uno como el bautismo de millones; Kennedy como rey con la ciudadanía toda como confundido Príncipe Hamlet) y encuentra y se engancha a la droga de la eterna sospecha porque a) nada ha quedado del todo explicado, y –saludable y fértil síntoma a la hora de cultivar ficciones– b) cualquier cosa pudo haber sucedido. De este modo, a la hora del quién asesinó y por qué fue realmente asesinado el presidente todo es posible y nada se esclarece y así (inmejorable ejemplo de ello es aquel formidable y paranoico film de Oliver Stone casi cerrando con esa largo monólogo informativo y académico de Donald Sutherland) la K de Kennedy puede leerse, también, como una K de trazo inequívocamente kafkiano.

Se sabe que las posibilidades del tema en cuestión han tentado a escritores de la talla de Norman Mailer (la novela *El fantasma de Harlot* y su contraparte documental *Oswald: un misterio americano*) o Don DeLillo (*Libra*); se revisa en oportunas biografías para la ocasión (la reciente *An Unfinished Life*, de Robert Dallek, parece ser la más rigurosa de todas; *The Kennedy Curse*, de Edward Klein, la más chismosa), pero es en el territorio pulp del thriller y la ucronia (ese posibillidoso subgénero que maneja y hace chocar variaciones históricas) donde el espectro de JFK es más frecuentemente invocado. En unos y otros se barajan, por lo general, las cartas marcadas de dos reflejos que tienen mucho de expresión de deseo:

a) el asesinato de Kennedy se impide a último momento; b) Kennedy, como Elvis, está vivo, sobrevivió a las balas, y vive escondido por alguna agencia de inteligencia convertido en un vegetal, un opa o un súper hombre reconstruido cibernéticamente.

A la hora de JFK vale todo y desde el vamos se confunden los límites entre ficción y realidad,

entre lo que se supone que fue y lo que pudo haber sido: estadista genial o idiota rematado, sátiro fiestero o abnegado padre de familia, agónica mala salud o vigor de estrella de cine, justo soberano de Camelot o presidente con lo justo gracias a la mafia y a los votos que le compró su padre, ganador de un Pulitzer por su *Profiles in Courage* o autor de un libro en realidad escrito por un tal Ted Sorensen, un ghost-writer de prestigio. Y además –a no olvidarlo– su mito inmortal intersecta los mitos inmortales de su hermano, de su hijo, de Marilyn Monroe y el de John Lennon como blanco móvil de asesinos programados por la CIA y activado a distancia cada vez que leen determinado párrafo de una novela de Jerome David Salinger titulada *The Catcher in the Rye*; y rebota en los mitos mortales de todos esos veteranos guardaespaldas susurrando los blues de lo que salió mal y de lo que ya jamás podrán olvidar mientras, en la juke-box del bar, resuena “The Day John Kennedy Died” de Lou Reed.

Apunten

El enorme James Ellroy cuenta que el 22 de noviembre de 1963 estaba debutando en un prostíbulo cuando la puta le informó que “acaban de matar a Kennedy y el que lo hizo es un tipo siniestro como tú”. Años después Ellroy publicaría *American Tabloid* (América en la versión española; que sería continuada por *The Cold Six Thousand –Seis de los grandes–* avanzando hasta el asesinato del otro Kennedy; queda pendiente *Police Gazette*, cierre de la trilogía) donde se narra con prosa fría y espasmódica la construcción de la necesidad casi erótica de matar a un presidente y, en el último párrafo, el asesino profesional Pete Bondurant –orquestador del asunto– se preocupa en compaginar el orgasmo que le regala la boca de una pelirroja con “el gran jodido grito” que surge de la garganta del planeta. En un breve prólogo, Ellroy explica que “América nunca fue inocente”, define a JFK como “un Bill Clinton sin el acoso de la prensa y unos cuantos rollos de grasa más”, y afirma que “ha llegado la hora de desmitificar una era y construir un nuevo mito que surja de las cloacas y ascienda hasta las estrellas”.

De las estrellas del futuro llega el mensaje contenido en *Cronopaisaje*, clásico sci-fi de Gregory Benford donde impedir la muerte de Kennedy equivale a salvar al mundo de una catástrofe ambiental en 1998. Mientras que *The Shot* de Philip Kerr muestra las idas y vueltas de un killer que cambia de bando: primero es contratado por la CIA para bajar a Castro pero enseguida decide que tal vez sea más provechoso bajar a JFK y el esquema de la novela es interesante: se nos cubre con una casi agobiante avalancha de datos técnicos y en algún momento descubrimos que el golpe no se dará en Dallas sino en una visita a la alma mater universitaria del presidente y que –el rifle que se gatilla no lleva balas; coitus interruptus, diría Ellroy– de lo que se trata no es de asesinar al presidente sino de probar que puede ser asesinado. Y está claro que se puede.

Fuego

Pero a la hora de la literatura, tal vez J. G. Ballard haya sido quien más y mejor supo ver las posibilidades pop del episodio. Los relatos “El asesinato de John Fitzgerald Kennedy considerado como una carrera de automóviles cuesta abajo” y “Plan para el asesinato de Jacqueline Kennedy” –incluidos en el experimental y genial *La exhibición de atrocidades–* traducen la violencia política al idioma del pop de la mass-media. En Ballard, la muerte de JFK no tiene el pulso tembloroso de la película que filmó Abraham Zapruder in situ sino la firmeza de la mano de un cirujano a la hora de hundir el bisturí en la –desde entonces– eternamente invernal autopsia de nuestro descontento.

Y se sabe –se cruzan los dedos para que alguna vez podamos leerla– que Richard Yates dejó una novela casi cerrada (meses atrás me contó Richard Russo que los editores le preguntaron si quería terminarla él a modo de homenaje a uno de sus maestros y que él, por cábala, respondió “preferiría no hacerlo”) sobre su experiencia como escritor de discursos para los hermanos Kennedy. El libro se titula *Uncertain Times*. Cuarenta años después el calibre del presidente y de las armas pueden ser otros, pero el título –así como las posibilidades cada vez más certeras de la ficción a la hora de dar en el blanco móvil de un enigma– sigue siendo el mismo por más que la explicación, aunque nunca oficializada, sea cada vez más obvia y transparente y clásica: a JFK lo mataron sus mayordomos.

O no.

Rodrigo Fresán
Buenos Aires · 63

una
no-
vela
por
entre-
gas
una
no-
vela
por
entre-
gas

Uno de mis amigos tiene la opinión de que la prensa –en este caso el periódico–, es como una novela por entregas. El 5 de septiembre del 2006 alegremente me dijo «Esta es una verdadera entrega noir».

Sé que este amigo tiene un agudo sentido del humor y desde el mismo día en que lo conocí supe además que era un tipo listo. Pero me sorprendía que desde las páginas del periódico pudiera desembocar en los supuestos terrenos de la ficción. Un relato de ficción entre las columnas que van registrando los eventos que se suceden en el país, en el mundo. En resumen, la ficción en el propio terreno de *lo real*.

Busqué el periódico, pero con la duda de que mi lectura y la suya fueran por el mismo carril.

Un gran caso resuelto

Tras leer el *Granma* tuve que reconocer que al menos en aquella edición del 5 de septiembre de 2006 había noticias interesantes, y que además parecía marcada por cierto *suspense*, por un leve velo noir. En sus páginas había un gran caso resuelto, otro por resolver y una gran duda. Tres escenarios en tres países diferentes mediando el mar entre cada uno.

En Noruega, la policía solucionó uno de los crímenes que durante dos años pareció perfecto: el robo de los cuadros *Madonna* y *El grito*, ambas obras del pintor Edvard Munch, expuestas en un museo de Oslo. Los cuadros, a pesar de haber desaparecido durante veinticuatro meses, apenas sufrieron daños. No se relataba si descubrieron a un posible comprador o si los ladrones fueron capturados mientras intentaban concertar una venta.

¿Qué se escondía detrás del robo? ¿La falsificación?

El grito ilustra la página de aquella edición de septiembre. Una impresión en blanco y negro del inquietante óleo expresionista. Conozco el cuadro. Los tonos ocres dominan toda la tela. En ella, una figurilla atormentada cruza un puente. Angustia, tormento. Todo condensado en un hombrecito de aspecto fantasmal cuyos contornos se destacan con una visible línea oscura. Tal como si Munch se propusiera que nada de cuanto lo atormentaba en su propia vida o atormentase al hombrecito pudiera escapar. Al inicio del puente dos largas siluetas caminan tras la persona que grita.

ahmel echevarría

Elvis John Burrows Presley

La filmación de una película cuyo tema es la vida de uno de los grandes mitos: el gran Elvis Presley, también está marcada por el suspenso y ciertos visos de *la novela negra*. El director Adam Muskeiwicz desea estrenar su película el 16 de agosto de 2007, justo el día en que se cumplirán los treinta años de la muerte de “El Rey”. Muskeiwicz, a la par que filma ha decidido crear un sitio web para todo aquel que desee enviarle detalles sobre la vida de Elvis. Sí, sobre la vida del gran Elvis, porque se sospecha que el chico de Memphis no ha muerto y tiene 72 años de edad. Aquel que proporcione una verdadera pista recibirá tres millones de dólares.

¿Qué harían Maigret o Marlowe?

El runrún luego de la muerte de Elvis se inflamó como pólvora, se decía que la caja donde lo enterraron estaba fría como una nevera, que un hombre muy parecido y bajo el nombre de John Burrows –el mismo nombre que en vida usó para escabullirse– compró un boleto de avión con destino a Buenos Aires, también que “El Rey” hizo malas cuentas con un negocio inmobiliario y, tras la evaporación de diez millones de dólares, la mafia decidió pasarle el comprobante de la cuenta a pagar. Supuestamente los capos estaba dentro del negocio y el Gobierno de la Unión le pidió al chico de las largas patillas y bella voz que cooperara en la captura de los criminales.

Un falso Elvis y un robo sin un aparente plan de venta. ¿Qué harían Maigret o Marlowe?

¿Y Mario Conde?

Si hay algo cierto es que el chico de Memphis supo beber del *R&B* de los negros para servirle un gran *rock&roll* en bandeja de plata y copas de cristal de Bohemia a los chicos blancos. Tenía buen olfato y un gran oído. Su carrera no fue corta y estuvo marcada por el éxito tanto en la música como en el cine. Pero el puente por donde caminaba “El Rey” no era infinito. La adicción, la obesidad, las nuevas corrientes musicales le fueron acortando los metros que lo separaban del final del camino. A la par que se volvía viejo, que sus temas eran disparos al aire, ya no podía hincarse de rodillas en el escenario. 110 kilos eran demasiado para sus débiles rodillas y tobillos. Es tentadora la cifra de tres millones de dólares por una verdadera pista de Elvis John Burrows Presley. ¿Caminará atormentado por una ocre callejuela de Buenos Aires seguido de cerca por dos siluetas y escondiendo tras el estribillo de *Heartbreak hotel* una gran dosis de dexedrina y el dolor en las articulaciones?

Por *three million dollars* lloverán perros y gatos en la web creada por Adam Muskeiwicz. ¿Habrá una pista verdadera que conduzca al mítico John Burrows? ¿O una falsa señal que nos lleve a dar de cara con un falso Elvis Presley?

Habrá que esperar la *entrega* del 17 de agosto de 2007, el día siguiente al estreno de la película, para saber qué había dentro del ataúd enterrado en el jardín de Graceland, su casa en Memphis.

El ojo del huracán

Fuera de la página de las culturales y justo en la escena nacional una gran interrogante ha comenzado a rodar. Supongo que está prendida como una lapa en la cabecita de algunas personas –es un sinsentido decir que todos se preocupan por conocer la respuesta. Las fotos enviadas al diario muestran al presidente en la habitación donde debe transcurrir su convalecencia.

A Fidel, en su record personal a lo largo de 47 años como timonel del Estado y del Gobierno (17 años como Primer Ministro y luego 30 como Jefe de Estado y Gobierno), nada lo alejó de sus cargos y responsabilidades. Pero en el verano del 2006 su salud se resquebrajó y el 31 de julio, firmado de su puño y letra, en una proclama anunciaba que cedía de manera provisional sus responsabilidades y cargos.

¿Es el final del largo puente?

Las fotos lo muestran animado, escribiendo, salvo una en la que se le ve pensativo. Pero dos siluetas lo siguen de cerca y son evidentes: la vejez y el paso de la enfermedad.

La escena nacional marcha tranquila, terminó el 2006. Hubo fiestas, días feriados. Si algún grito se escuchó no fue otro que la euforia tras la llegada del 2007 y algún navajazo en una bronquita callejera. Tras cada acto de reafirmación política se podría leer que no se habla de traspaso de cargos y poderes, sino de continuidad. Hay una gran calma. Para el nuevo año ningún regalo será mejor recibido que la salud, la calma, la paz. Pero durante 47 años el Presidente ha ido bajando de la silla presidencial hasta adentrarse en el inconsciente de gran cantidad de individuos. Debería añadir que lo ha hecho de manera creciente desde que decidió comandar la primera escaramuza que terminaría una primera etapa en el lejano y mítico enero del 59.

Un par de años atrás, ese mismo amigo que me ha sugerido leer la prensa como una *nouvelle* por entregas, durante el paso de un huracán categoría 5 en la escala Saffir-Simpson –y todo el que viva en la ruta de los ciclones y huracanes sabe bien de qué Simpson habló– también estuvo al tanto de las noticias. El huracán desvió su curso, lo escuchó en un parte del Instituto de Meteorología, en la propia voz del meteorólogo principal. Sin embargo, mi amigo sólo llegó a tranquilizarse cuando en mitad del parte meteorológico Fidel se apareció

en la sala desde la que hacían la transmisión. La paz y la tranquilidad edípicamente recordadas tan sólo con escuchar la voz del presidente en medio de un apagón, en una casa con las ventanas clausuradas, casi a ras de la media noche, tras el paso de un huracán categoría 5 y al que la prensa nacional llamó Iván el terrible.

Debemos dar por sentado que no es un doble el que ha sido fotografiado ahora. ¿O es que todavía alguien cree que le pueden pasar gato por presidente?

Aunque no vista la cotidiana guerrera oliva con sus grados de comandante, es él, marcado, eso sí, por el paso del tiempo y la enfermedad. Acaso por los primeros síntomas clínicos de una inmortalidad.

Bueno, ningún puente es infinito, de lo contrario no sería un puente.

¿Qué habrá al final? ¿Cómo será el final? ¿Estamos preparados para llegar al final del puente?

Al menos Edvard Munch se encargó de advertirnos, con sus inquietantes tonos ocres y un atormentado hombrecito.

Un caso resuelto, uno por resolver, una gran interrogante.

Habrà que seguir insistiendo en la lectura de cada nueva entrega. Tamizar las letras impresas del diario tal como hace mi amigo. Encontrar allí el relato. Y ahí dar con las respuestas.

Puede que el día siguiente del estreno del *biopic* sobre Elvis John Burrows Presley sepamos del supuesto paradero. ¿Estará obeso, vivito, coleando? ¿Los capos llegaron a cobrarle la deuda? *This fiction is to be continued*. La otra interrogante está en el inconsciente de algunos individuos. Ya sea por traspaso o continuidad, será respondida y necesitará del transcurso de varios capítulos.

A mediados de los años 80, en occidente, había dos opciones ideológicas viables: o *Playboy* o *Penthouse*. Más o menos cuando Reagan empezaba su segunda presidencia, mi padre volvió de un viaje con un fajo de revistas prohibidas en Chile. Yo tenía once años y creo que entendí todo lo que había que entender. La principal atracción de *Playboy* era el fotógrafo de origen yugoslavo Pompeo Posar: de estilo meloso, articulado en torno a los temas de la "inocencia" y la "ternura" –completado, en ocasiones, con el de la "sinceridad"–, Pompeo encarnaba la opción socialdemócrata del sexo. Pompeo era uno de los hombres de buena voluntad que cantó Jules Romains. Sus chicas no aparecían con cuero negro y látigo, tampoco ofrecían el culo en una actitud sumisa. No las ibas a encontrar con una guitarra eléctrica sobre la piel desnuda, o en trance de hacer



pompeo
&
wanda

muecas con el caño de un revólver. No: bailando entre tules, en camas adornadas con ositos de peluche, o secándose buenamente al borde de una piscina, las chicas Pompeo – Sharry o Brandy o Trixie o Glenda– no decían: "El sexo es un camino peligroso en una noche de tifón". Decían: "Trátame bien y no volverás a sentirte solo cuando se apaga la luz". El adulto comprende que el primer postulado es válido y el segundo, una amable estafa. Pero para los hijos de padres separados la obra del yugoslavo era un camino de reconciliación. Pompeo hacía la clase de pornografía que tu madre podría haber considerado apta para tu educación, y con esto creo que está todo dicho.

Frente a esto, los desnudos de *Penthouse* no daban la talla. Si sobre las fotos de Pompeo planeaba la bendición de tu madre, las de su rival se parecían a la nueva esposa de tu padre. Pero lo esencial de *Penthouse*, en realidad, estaba en una historieta que se llamó ¡Oh, malévola Wanda! Eran las aventuras de una feminista que, en su desafortunada busca de poder, transgrede todos los mandatos femi-

nistas: con un cuerpo de pin-up, exagerado hasta la caricatura por el dibujante Ron Embleton, Wanda usa cínicamente el sexo para ascender en una sociedad corrupta. En su camino se cruza con rostros conocidos de la época: Jimmy Carter, Leonid Brezhnev, Arnold Schwarzenegger, Fidel Castro y un sonriente Augusto Pinochet. De episodio en episodio, la tira pasa de la sátira política al grotesco estilo Fellini, y ahí al absurdo existencial. Embleton es vital y pesimista. De sus coloridas orgias emergen algunos mensajes: los hombres no son tanto perversos cuanto viles y ridículos; las mujeres dominarán, no gracias a una evolución democrática de las costumbres, sino porque tienen de su parte la inteligencia, el empuje, la belleza y la falta de escrúpulos; la vida es fascinante y merece ser vivida, pero el universo se está desintegrando sin remedio.

Yo procuré asimilar tanto la sabiduría de Pompeo como la otra, en apariencia irreconciliable, de ¡Oh, malévola Wanda! Cualesquiera hayan sido las trampas de la política y del sexo, a ellos he apelado en busca de mi norte. Nadie dirá que mi generación careció de guías.

g. garcés

El odio al país natal suele responder a una variedad de causas, la primera de las cuales, por supuesto, es la nostalgia. Porque mi país se me escapa, porque no es el de mi infancia (y yo desearía que lo fuera), porque añoro reconocermé en el país y el reflejo que éste me devuelve es sombrío o desconcertante, me resiento. También hay razones más simples: la violencia o la pobreza, destinos no elegidos que sin embargo nos pertenecen. A veces, en fin, para quien está en guerra consigo mismo, es una forma de odiarse por procuración. Todo dejaría suponer que la literatura de América latina rebosa de ficciones rencorosas, de cantos de odio a nuestras patrias a menudo pútridas, y a menudo añoradas desde el exilio. Sin embargo no es así. ¿Por qué?

Planteo la pregunta porque este odio, en otras latitudes, propició grandes libros. Pienso en Thomas Bernhard, el autor de *Trastorno*, de *Extinción* y de tanto teatro, ése que al morir, en 1989, prohibió que sus obras se representaran en Austria. Ésta, decía, "es una enfermedad mortal, que sus habitantes contraen al nacer". Pienso también en Rimbaud, que escribió: "De mis ancestros galos tengo el cerebro estrecho y la torpeza en la lucha". En Céline, que encontraba que los alemanes que ocuparon París eran demasiado blandos. En Kafka, que dijo de Praga: "Esta madrecita tiene garras". Henry Miller definió a su país como la pesadilla con aire acondicionado. Los ejemplos pueden seguir.

Lo importante, claro, no es tanto determinar qué origina ese furor, sino los efectos artísticos que propicia. En primer lugar, la precisión. El odio es un sentimiento minucioso. Y en un continente (el nuestro) mareado de estéticas que distraen del mundo sensible, la escrupulosidad observadora del rencor habría sido saludable. Habría sido, digo, porque con una deslumbrante excepción – Fernando Vallejo– este elemento falta en nuestra novela. Como falta el ridículo, la buena ferocidad para fijarse en lo risible propio y ajeno, a la que deben parte de su atractivo libros como *Ferdydurke*, de Gombrowicz, o *Humo*, de Turguéniev. Frente a esas burlas atormentadas, metafísicas, es poco lo que ofrece el típico novelista chileno o argentino, que se limita a ridiculizar lo que su clase o su capilla le mandan, es decir que el ridículo acá es un esnobismo, una forma de sentirse muchos frente al ridículo roto, el ridículo capitalista o el ridículo colega, todo lo contrario de lo que la literatura debería hacer, o sea enfrentarnos a nuestra pequeñez y soberanía.

Y además, odiar a la patria requiere cierta locura. Un país es una entelequia; ver en Bohemia, o en Estados Unidos, no una abstracción sino un demonio con luz propia, requiere un poder alucinatorio que es, justamente, privilegio y paradigma de la ficción. Es bueno que el horror interior se exprese afuera. Bueno que el bosque del novelista esté lleno de gritos y susurros. Se dirá que lo mismo pasa con el amor. Por supuesto, pero los hispanoamericanos casi nunca optaron por el amor ni por el odio a la hora de fijarse en la patria. El chileno Edwards Bello, como el argentino Gálvez, realistas que encarnan nuestra falta de sex-appeal previa al boom, nombran la miseria con una neutralidad impostada que la afantasma. Donoso lo tiene todo para sentir y hacer sentir el horror de lo chileno, pero cambia de tema; Sábado se

pútrida
&
patria



enreda con metáforas sobre la Babilonia americana y no se decide a anotar que Argentina es monstruosa. A Dorfman, a Cerda, espantados por tantas cosas chilenas, nunca los espanta Chile; Fuguet lo insinuó y lo crucificaron. Hay un tabú en esto, y entre tantos tabúes que como escritores teníamos el deber de violar y no nos atrevimos, éste no es el menor. En cada bar de Santiago y Buenos Aires se putea por rutina a la patria, pero cuando los comensales se van a su casa a escribir se convierten en alondras. Y así pasa nuestra historia literaria, hecha de complacencia y de tedio, pero sobre todo de pudor. "En Austria hay que ser un mediocre para ser tomado en serio; un hombre con el cerebro hecho a medida de un pequeño estado". ¿Hay algo más cercano a nosotros que esta frase de Bernhard? ¿Hay algo que hayamos dicho menos?

SAROYAN

2 stories

SAROYAN

Ruido y vibración. El férreo tráfico chirría sobre el asfalto humeante. Y ahora, escuchen. Personajes: un mendigo, un músico ciego, un soldado y una prostituta.

Atención.

El mendigo no es inválido. Anda, silencioso y rápido, al lado de cualquiera que verosíblemente lleve unas monedas en el bolsillo para caridades. Se llama Alfred Garth, de 27 años. Inteligente. Hambriento. Y, además, desempeña el papel de hambriento y miserable. Dos veces. Una para aquel a quien pide. Otra para sí mismo. Y su orgullo se salva. Es un actor; no un pordiosero. Hay modos y modos de sentirse humillado.

Juzgue usted mismo.

Es cosa bella, barata y eficaz.

Jacob Fagode, el violinista. Va indistintamente por cualquier calle, porque no ve bien. En realidad, no ve nada. Pero sus demás sentidos le hacen conocer el mundo que le rodea. No anda por la tierra en tinieblas, sino entre nimbos de interminable luz. Y si quiere usted más informes, pídalos por escrito. ¿Comprende? No a menudo, pero sí a veces, alguien deja caer una monedita en el platillo de lata de Fagode, y Fagode ríe para sí. Ríe porque su canto es el canto de la muerte y la desolación de la tierra. El son de la moneda en el platillo divierte a Fagode, que no es sordo. Y quiere indicar con su risa que con el dinero nos proponemos vivir siempre. Pero no será así.

¿Por qué no predecir, a propósito del dinero, la fecha de nuestra próxima ola de prosperidad? Porque —¡ay, América!— tendremos una. En 1936, quizá. O dentro de un siglo.

Los hombres de negocio no sólo ahorran tiempo, sino dinero. Aunque puede ser que sí y puede ser que no... Cuando uno ahorra tiempo quizá lo haga para después de morir. Pero después de morir uno no se siente tan animado acerca del Universo como cuando vivía. Sin embargo, viajar en avión no es mala idea. Hay partidas, llegadas, paradas, empalmes y tarifas. Un hombre de negocios llamado Doherty

ahorró 225 horas de viaje yendo de Nueva York a San Francisco en aeroplano. 2 días después murió y ahorró así no sé cuántos números de siglos. Partida y llegada... Había arribado al mundo entre ruido y vibración, y su madre chilló enormemente, alborotando toda la casa. El chiquillo salió fuera, empezó a respirar en el mundo, y antes de que se diera cuenta de nada, ya estaba acudiendo a la escuela de párvulos con su hermano Jacob. Se convirtió en un gran hombre de negocios sólo con descubrir que la honradez es la mejor política siempre que deje ganancias. Su final en San Francisco no fue triste. Contaba cerca de 50 años y estaba asegurado por una suma fuerte. Todo marchó bien. Desapareció como un coro que sabe abandonar en su momento el escenario. Vivía y andaba por Market Street cuando su corazón dijo: "No va más", y se acabó todo.

la revolución le daré tales cortes que se morirá usted de risa.

—Es lo que me está pasando ahora —respondí.

Di a Nick un dólar de propina y él afirmó que yo era un asqueroso capitalista.

Eso es lo que se llama una afirmación de fe. Fe en el hombre. Fe en Dios, en Stalin, en el cielo, en la tierra, en Rusia, en Alemania, en Italia, en América, en el tiempo, en el espacio, en el movimiento, en la evolución, en el cambio, en la música, en el arte y en la locura. Eso se llama piedad sencilla y sincera. Creencia en la eficacia de la oración.

Obremos bien y olvidemos lo demás. Fíjense en las telefonistas. Chicas eficaces, útiles. Las fibras de la vida americana pasan por sus manos. En los hilos telefónicos palpitan las emociones, pensamientos y deseos de la gente americana.

SAROYAN

panorama

SAROYAN

Y entonces vinieron informes completos respecto al pago de varias deudas pendientes, a cuentas del médico, el dentista, y el sanatorio, a impuestos, hipotecas, intereses, facturas de combustible, de reparaciones, de la tienda, a gastos de entierro. Y el hombre había gastado 2 dólares al mes en literatura. Su vida era un cotidiano Niágara de idiotez. Fue un sujeto acumulativo. En la vida, cuantos conocemos siguen uno de dos caminos: el de la ganancia y el de la pérdida. Ninguna de cuyas dos cosas difieren mucho. El ganador toma aspirina. El perdedor se larga en un tren o un avión. Todo es igual en el mundo.

Después de visitar muchos países extranjeros, escogí América como la tierra en que quería morir. Y fui a casa de Nick el Griego para que me cortase el cabello.

—Camarada —me dijo—, cuando venga la revolución usted estará aquí de pie y yo sentado.

—¿Cómo lo sabe? —inquirí.

—Por la radio —repuso—. Usted empuñará las tijeras y me cortará a mí el cabello.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunté.

—El periódico —respondió—. Yo me alimentaré de nada y usted de leche agriada.

—Nick —dije—, habla usted con menos juicio que el culo de un caballo. Cuando llegue la revolución usted no lo sabrá. Las revoluciones vienen y se van sin que nadie lo sepa.

—Camarada —dijo Nick—, no le puedo cortar el cuello hoy porque usted es rico y yo soy pobre, pero cuando venga

—¡Mi casa arde! —clama una mujerona de Denver.

Y los bomberos llegan a los 5 minutos.

—Me parece que tengo apendicitis —gruñe un hombre gordo desde un hotel de Memphis—. Que venga el médico antes de que yo muera.

Y los dedos de la operadora conectan, manejando un laberinto de hilos. Y lo hace fría y serenamente, hora tras hora.

Empuñen el auricular. La muchacha les responderá enseguida. Y con satisfacción. Le alega poder serles útil.

¿Le alega de verdad?

Un soldado acaba de volver de las islas. Camina, solo, por las calles de San Francisco buscando unas faldas, mas con una suerte puerca. Lo que realmente quiere es más de lo que puede explicar, pero quizá no sea más que una mujer que a su vez le desee a él, y ésta no aparece por ninguna parte.

Las damas guapas van con tipos bien vestidos y de bolsillos llenos. Andan deslumbrantemente ataviadas, se encaraman en altos tacones y sus rostros esplenden de rolliza belleza. Ir de uniforme es una asquerosidad. (¡Ah! Hay un déficit de 19 523 000 dólares en la industria del acero en el año en curso.) ¡Qué se le va a hacer, muchacho! Así que el soldado entra en la taberna del Trébol y pide whisky. Dave, el tabernero, es pacifista y proletarista.

—Amigo —dice al soldado—, cuando venga la revolución no habrá soldados. Ya puedes tirar tu fusil.

—¿Qué revolución? —dice el soldado.

—La revolución de los pobres contra los ricos —dice Dave.

—Mire —dice el soldado—, no sé nada de ninguna revolución, pero le agradecería que me diera la dirección de una buena prostituta, porque he vuelto hoy de las islas después de 5 años y no conozco la ciudad.

Las palabras justas, perfectas y apropiadas. Al final es el nervio el que se impone.

La putilla del número 37 de la calle del Turco está ebria y llena de tristes añoranzas. Desde 2 minutos antes de la entrada del soldado permanece en una mesa de taberna del Trébol. Es una muchacha polaca de 20 años, llamada María. Tiene los ojos enfurruñados y negros y los labios contraídos por el dolor de vivir. Sus partes femeninas son amplias y rebosantes de vida, pero su corazón se siente cansado y su boca habla al inocente espectro que ella fue en otros tiempos, cuando de niña cogía flores en las llanuras de Indiana. Recuerda a sus padres, y a sus tres hermanas, y a sus dos hermanos, y a todos sus primos, y tíos y tías, y las meriendas junto al río, y las risas.

—Amigo —dice Dave—, cuando venga la revolución no habrá soldados y tendrás que tirar ese instrumento (refiriéndose al fusil).

—No lo hagas, muchacho —dice María—. ¿De qué vale un hombre sin instrumento?

—Soy forastero en esta ciudad —dice el soldado.

—¿En esta sólo? —dice María—. Yo lo soy en todas.

Y él se vuelve y la ve.

—¡Por Dios que esta es la que me conviene! —dice él.

Y va a la mesa de María y da un cigarro a la muchacha y pide 2 whisksys.

(Carta abierta a J.P. Morgan: Bajo el comunismo será usted asado como un capón y servido en su salsa a la chusma de América, con los adecuados adobos y oratorias. ¡Entonces verá usted lo que es bueno!)

—Acabo de llegar de las islas —dice el soldado—. Me llamo Richard Hart.

Y enciende el cigarro de la muchacha.

—Yo me llamo María —dice ella—. ¿Ha estado usted alguna vez en Indiana?

(Washington no es la única parte del mundo donde se hacen esfuerzos heroicos para equilibrar el presupuesto o el Universo.)

—No —dice el soldado—. Soy de Georgia.

Y ella le lleva a su cuartico de la calle del Turco.

Es un tributo que merecen el capital y el trabajo decir que este país ha sufrido una deflación tan tajante y unas dificultades tan penosas sin que hayan surgido serias dificultades o choques.

La firma de usted, míster Morgan, ha logrado un puesto preponderante en las finanzas del mundo. Su casa es la representante reconocida de los principales países de

Europa, lo que le da a usted responsabilidades y obligaciones internacionales. Usted y sus socios están firmemente identificados con la mayoría de las gigantescas instituciones bancarias de América, con las corporaciones industriales, con las redes de ferrocarriles.

La casa Morgan participó ampliamente en la última ola próspera. Prediganos la fecha de la próxima.

Suponga el lector que es propietario de una gran fábrica. Suponer no cuesta nada. ¿Sería usted comunista?

¿Y entonces qué...?

...Entonces corría el invierno. El cielo estaba negro y el clima era terrible. Había frío de costa a costa y del río San Lorenzo al río Grande. En toda la superficie de este país la gente tiritaba, y pedía café, y se frotaba las manos, y se preguntaban unos a otros si tenían frío. Un joven de color preguntó a otro de color si tenía frío, y el joven le respondió: "¿Frío? Querrás decir que estoy helado". Y no lo decía en broma, sino como lo sentía. "¿Frío? —dijo—. ¡Al diablo, hombre! ¿Pues qué te figuras?"

América, la verdad, está afrentosamente decaída. En Wall Street se habla como si el fin de nuestro país se hallase a la vista. La cosa más importante en la industria acaso sea la rápida comunicación entre los jefes de oficinas centrales, oficinas sucursales y despachos. Ahora supongamos que tiene usted en el bolsillo 14 dólares y que viene un sujeto y le pide 15 centavos para tomar un café y 2 rosquillas. Si existiera el comunismo, ¿se los daría? Si al individuo le oliera el aliento y pareciese un tipo que debiera tener más sentido común, ¿le daría usted el pedido? ¿O andaría con él por las calles y le llevaría a una fonda para comprar un bocadillo? ¿Y qué haría usted si usted fuese el tipo al que le oliere el aliento y debiera tener más sentido común, si el sujeto de los 14 dólares se hacía el sordo a su petición? Por otra parte, supongamos que fuese usted J.P. Morgan. ¿Le importaría un ardite que 300 desgraciados se muriesen de frío todas las noches de invierno?

Siempre ocurre lo inesperado...

El caso es que el soldado y María estaban en el cuarto fumando y charlando.

De cada 8 personas de América, una sufre al cabo del año muerte o lesión por accidente. Poemas y problemas. Y se gastan 2 millones de dólares en bocadillos. Con café.

Una vez hacía tanto frío que entré en una fonda y pedí de comer.

—Traiganme —dije— estofado, galletas, ensalada de tomate y un vaso de cerveza.

Y el camarero fue y pidió 2 bocadillos calientes y una taza de café.

—Le he dicho un estofado —indiqué.

—Aquí no preparamos más que bocadillos —dijo el camarero.

Pero era un proletario y afirmó que bajo el comunismo todos comerían estofado y cerveza.

—¿Verdad que eso estará bien? —preguntó.

—Mucho —respondí.

—¿Quiere el bocadillo con cebolla? —dijo.

—Cierto que sí —contesté—. Yo no puedo con la carne sin cebolla.

—Sin cebolla —anunció el camarero.

El cocinero asomó la cabeza por un ventanillo.

—¿Qué? —preguntó.

—Sin cebolla —ordenó el camarero.

—No —intervine—. Con cebolla. Con mucha cebolla.

—¿En qué quedamos? —preguntó el cocinero—. ¿Con o sin?

—Con —mandé.

—Diga —protestó el proletario—: ¿quién es el camarero aquí? ¿Usted o yo?

—Bajo el comunismo —le tranquilicé— será usted un hombre muy importante.

Hay muchos sujetos que un minuto antes viven y un segundo después han muerto. Me refiero a los que perecen de frío. Pero aún así quedan en el mundo centenares de millones, sin contar los locos rusos, los chinos, los japoneses y los incivilizados. O sea, sin contar prácticamente a nadie. Todos están vivos y coleando. Así, pues, ¿quién sabe cómo deben ser las cosas, ni quién se ocupa de nada? Supongamos que el tipo que antes dijimos no le diera a usted los 15 centavos y a usted le pareciera un mal hombre. ¿No le parecería a usted que ejercía sus derechos de ciudadano, contribuyente y patriota, asestándole un puntapié en el culo y echando a correr, en caso necesario? ¿O sería esto descortés, o quizá delictuoso?

A lo mejor usted inventa algo. Se asegura que los inventos dan mucho en América. El fulano que inventó el yoyo ha ganado, según dicen, un millón de dólares en limpio. No es que esto sea gran cosa, pero tampoco es moco de pavo. Quiero decir que, si no hay gente que dé centavos en la calle, puede usted inventar otro modo de sacar algún dinero. Apostar a las carreras es siempre seguro y positivo, pero hay que empezar por tener en el bolsillo medio dólar. El póquer también es buen procedimiento, mas hay que empezar con 5 dólares. Siempre el capital previo. Siempre el engaño. Incluso cuando uno, jugando, no tenga ni siquiera sotas, debe poner arriesgadamente todo su dinero delante de él, y así los demás imaginarán que uno tiene 4 ases.

Y ahora un consejo a un licenciado a punto de quedarse sin trabajo. ¿A qué preocuparse? Busque un empleo de ordenanza. Vea el mundo por dentro a fuerza de mirar más adentro aún, desde la oscura tiniebla de la luz que no ha existido nunca y no existirá jamás. ¿Y a quién le importa esto? ¿No es el hombre pobre más rico en realidad que el más rico de los ricos? Sobre todo una vez que el uno y el otro mueran y desaparezcan. Pero no, verdaderamente el pobre no es más rico. Es un poco más pobre. Bastante más pobre. Pero ría y sea pobre y resuelto. Y compre ajo como defensa contra los catarros y la muerte, como los pobres. La perspectiva sólo es medianamente jubilosa, sí. ¿Pero, qué?

Alégrese. Piense usted que puede morir.

La cuestión es que el soldado que dije y la joven polaca se enamoraron. Su enamoramiento consistió en subir un tramo de escaleras para hacer el amor, mas ya que los novelistas populares cuentan estas cosas de ese modo, razonable será que yo diga lo mismo, para ver si consigo algo de popularidad. No tuvieron mucho tiempo para hacer el amor, porque los dos se hallaban muy cansados de la vida en general y, aunque no estuvieran tan indignados con el mundo como los proletarios suelen estarlo, se sentían hartos de todas las cosas puercas y anhelaban empezar a vivir de nuevo y ser como Dios manda. Claro que no podían ir a ningún sitio nuevo, porque los autobuses, trenes, aviones, motocicletas, bicicletas, trineos, caballos, carros, y demás medios de transporte, con ruedas o sin ellas, no van a ninguna parte donde todos puedan vivir como se debe, y en consecuencia los dos se quedaron en la ciudad, en el minúsculo cuarto de la calle del Turco.

A mi juicio, la ocasión presente no debe satisfacer a los corredores de comercio respecto a sus tácticas del pasado año. Este año usted, corredor, ha de introducir el pie entre la puerta y el quicio, y luego procurar deslizar todo el cuerpo dentro de la casa, para poder empezar a decir lo verdaderamente maravillosa que es la nevera eléctrica que usted representa. Y una vez en el interior, haga lo oportuno para ser dueño de la situación. Si da usted con una mujercita cuyo marido está ausente, el buen Dios le dirá lo que debe usted efectuar para lograr el contrato, especialmente si ella no tiene mal aspecto.

Media manzana más arriba reúna usted todo su ingenio y personalidad y empiece a decirse a sí mismo que la nevera que usted vende es la mejor del mundo. Y luego suba las escaleras corriendo, toque el timbre dos veces, como si fuera usted de la casa, retroceda un paso, espere a que abran y sonría con toda la boca, sintiéndose entretanto muy desgraciado, pero pensando que esta es América, su patria. La puerta se abre y allí aparece la consabida mujercita.

—Buenos días, señora —exclama usted, jovial, mientras el sol brilla, espléndido—. He sido expulsado de la Universidad por desarrollar actividades obreristas y ahora me dedico a vender neveras.

La puerta se cierra en las narices de usted y usted puede reírse de lo que fue Europa en las Edades Tenebrosas.

Luego llega la primavera, la hierba crece, y demás. La ciudad invernal se convierte en la ciudad primaveral y, aquí entre nosotros, ese es el único cambio que ocurre.

Hay, sin embargo, los siguientes hechos alentadores:

10 millones de parados continúan viviendo dentro de la ley. No hay motines, ni complicaciones, ni multimillonarios asados y servidos en su salsa.

Menos visible, menos concreto, menos tangible, pero no menos importante, ha sido el cambio de sentimiento que se ha producido en los recientes años de miseria. No hay nadie apenas que salga a hacer un homicidio, de un modo u otro. No hay nadie apenas que sueñe poseer una casa de pisos,

una quinta en el campo y tres costosos automóviles. No hay nadie apenas que se interese mucho por nada. Casi nadie existe siquiera. Y así anda la vida. Una cosa y otra en todas las calles de todas las ciudades del país. Un día y otro un hombre vive y otro muere, y todo igual hasta la última y mejor calle de todas: la calle que recorre todo el Universo y llega al vacío que hay sobre, alrededor y dentro de todo: la calle que conduce al olvido y al negro espacio de las tinieblas. Y en medio de todo esto, el continuo y quieto ritmo de la vida internacional del siglo XX, ¡demonios!

SAROYAN

2 stories

SAROYAN

club europa

SAROYAN

Uno de los locales de juego donde, con el pretexto de vender periódicos, solía pasar largos ratos en 1918, era el Club Europa, en Tulare Street, por donde pasa el ferrocarril del Sur, cerca de China Alley, en el barrio del mismo nombre.

El Club Europa pretendía ser un local de juego, pero en realidad era un lugar donde los hombres que no tenían dinero se reunían para charlar. Durante la primera guerra mundial yo solía acercarme al barrio chino y entrar en aquel lugar. En 1918, hombres de las más variadas razas pasaban las horas en el Club Europa. Italianos, griegos, negros, chinos, japoneses, hindúes, rusos y americanos. Toda clase de americanos, desde forzudos indios, pasando por melancólicos mexicanos, hasta tahúres de Texas.

La sala estaba llena de mesas, sillas y escupideras. Había una pianola en un rincón, un mostrador junto a la pared del

fondo y, sobre el espejo, el retrato de un hombre que tenía cierto parecido con Woodrow Wilson. Era un gran retrato, obra seguramente de algún parroquiano que lo pintó a cambio de unos tragos.

Aquel establecimiento olía mal. El aire estaba corrompido por las horas perdidas de muchos hombres, y cada vez que yo atravesaba el umbral, con un fajo de periódicos bajo el brazo, me preguntaba qué les impedía marcharse. Quizás fuera la pianola del rincón. O quizás esperaran la llegada de un cliente despilfarrador, con un níquel de sobra. O desearían escuchar un poco de música. O les retendría el retrato de Woodrow Wilson, el gran hombre de los años malos. Quizás fuera la fuerza interior de cada uno, la fuerza centenaria, que quería seguir alentando siglos y siglos. Acaso nada les retuviera.

Un día, el menudo japonés llamado Suki se tragó una mosca.

Era un hombrecito de aspecto melancólico. Cualquiera japonés que vague de un lado a otro sin hacer nada tendrá aspecto melancólico, porque los hombres de su raza no suelen permanecer inactivos. Estaba asqueado de todo y nadie quería ser amigo suyo. Intentó mezclarse con sus compatriotas, pero estos de desentendieron de él. Intentó reír con los negros, pero no podía hacerlo del mismo modo que ellos, y les desagradó la desarmonía de su risita mezclándose

con sus estentóreas carcajadas. Lo expulsaban violentamente cada vez cada vez que intentaba reír con ellos. Intentó intimar con los indios y mexicanos, pero nadie quiso ser amigo suyo, todo lo cual lo condenaba a permanecer solitario, sentado en un rincón.

Un día del mes de agosto, Suki observó que todos los ocupantes del local estaban preocupados por el gran número de moscas que lo invadían. No era que molestaran, sino que hacían sentir su presencia. Hacía mucho calor, la atmósfera estaba muy pesada, las moscas volaban por toda la estancia y, zumbando, se posaban en las caras de los parroquianos. Suki se levantó de la silla y manoteó en el aire, pero no consiguió coger ni una sola. Era el centro del interés de todos, Manoteó nuevamente en medio de otro grupo de moscas, y esta vez consiguió atrapar una. La mosca, irritada,

intentó escapar, pero Suki la mantuvo sujeta por las alas, y entonces fue cuando se la tragó.

Sus compatriotas se acercaron a él y le hablaron con gran dignidad. Por lo visto, querían saber por qué se había tragado la mosca. Él les contestó que iba a volverse loco por estar tanto tiempo sin hacer nada. Sus compatriotas se sintieron muy preocupados y al mismo tiempo muy orgullosos. Al principio creyeron que estaba haciendo teatro.

—No tengo nada que hacer en el mundo —dijo tristemente.

Sus compatriotas explicaron a los allí reunidos la razón por la que Suki se había tragado una mosca.

Durante semanas, al final de la guerra, los concurrentes al Club Europa no hicieron otra cosa que hablar de Suki y de la mosca que se tragó. Unas veces lo consideraban un idiota y otras veces un auténtico héroe.

Antes de que terminara la guerra, Suki se tragó cuatro moscas. Yo le vi tragar la primera y la última, y los negros me contaron de las otras dos. Me dijeron que a aquel hombre le gustaban las moscas. Reían con fuertes carcajadas al pensar en Suki y en las moscas.

Era un hombrecito de aspecto melancólico.

Cuando los soldados de nuestra ciudad volvieron de la guerra, el Club Europa fue adquirido por un antiguo combatiente, que expulsó a aquellos vagos y puso cierto orden en el local. Solía introducir monedas en la ranura de la pianola y así, cada vez que yo entraba, oía música. En las mesas se sentaba hombres que jugaban grandes cantidades de dinero. Junto al mostrador, los hombres bebían. Todo eso era ilegal, pero el soldado, chico listo, sabía los resortes que debía tocar. Sus mejores amigos eran los policías.

Una tarde de febrero vi entrar a Suki y pagarse una copa. La bebida pareció asquearle y, cuando la hubo terminado, cazó una mosca y se la tragó. El soldado estuvo a punto de estallar cuando vio a Suki tragarse la mosca. Con la mano izquierda lo cogió por el cuello y con la derecha por los pantalones y lo arrojó a la calle.

El pequeño japonés echó a andar sin volver la cabeza.

El soldado volvió e introdujo otra moneda en la pianola.

Entonces me vio.

—Lárgate de aquí y no vuelvas —me dijo.

William Saroyan
Fresno · 08-81



enrique /.....
enrique / vila /.....
enrique / vila / matas.....

explorador / que / avanza
..... / que / avanza
..... / avanza

Soy consciente de que todo cuanto la literatura puede enseñarnos (creo que lo decía un clásico, no sé cuál) no son métodos prácticos, sino sólo las posiciones. El resto es una lección que no debe extraerse de la literatura, es la vida la que debe enseñarla. Es más, tal vez sólo aprendiendo de ella uno puede acabar haciéndose con un estilo literario. Y cuando hablo de estilo me refiero a intentar lograr un espacio y un color interno en la página, un sistema de relaciones que adquiera espesor, un lenguaje calibrado gracias a la elección de un sistema de coordenadas esenciales para expresar nuestra relación con el mundo: una posición frente a la vida, un estilo tanto en la expresión literaria como en la conciencia moral.

Siempre he querido saber si estaba con aquellos escritores –Tolstoi, por ejemplo– para quienes la existencia tiene, a pesar de todas las angustias que nos crea, un sentido, una unidad. O bien con aquellos –Kafka, Beckett– que nos han revelado la insuficiencia e irrealidad de la vida, el sinsentido de ésta: todos esos escritores que nos han descubierto la imposibilidad de vivir y de escribir, y que nos han puesto en contacto con la odisea moderna del individuo que no vuelve a casa y se pierde y se disgrega, experimentando la insensatez del mundo y lo intolerable que es la existencia.

Si Claudio Magris hubiera leído esto, tal vez ahora me preguntaría –como a veces él se pregunta a sí mismo– si me reconozco más en *Guerra y paz* de Tolstoi, la vida que se cuenta como si fuera una vida plena, o en *El hombre sin atributos*, de Musil, la vida que se disgrega en la inteligencia, o en *La conciencia de Zeno*, de Svevo, el más radical, irónico y disimulado viaje al centro de la nada.

Tal vez puedo creer en Dios y al mismo tiempo no creer en nada, por ejemplo. Tal vez puedo mezclar teorías opuestas. Y es más, quizá esto explique por qué a menudo escribo novelas que son mezclas de ensayos y novelas. Después de todo, bien mirada (y ahora la estoy mirando bien), la vida es una mezcla. Quizá mi viaje, el viaje de mi conciencia, sea el que va a la nada, pero construyendo un sólido y contradictorio sistema de coordenadas esenciales para expresar mi relación con la realidad y la ficción, mi relación con el mundo.

¡La realidad y la ficción! Mira por dónde he ido a parar al eterno debate de las letras españolas. Ahora que me acuerdo, ¿por qué esa manía tan española, esa afición tan nacional a preguntarme, siempre que publico un nuevo libro, cuánto hay de real y de autobiográfico en él? Da igual que publique una novela sobre un loco que anda suelto por Veracruz a que publique una sobre la vida de los esquimales en Guanajuato. Siempre la misma cuestión: ¿Qué porcentaje de verdad hay en lo que usted cuenta? Durante un tiempo, con paciencia, me he limitado a dar cuerda al reloj de Nabokov: “La ficción es ficción. Calificar un relato de historia verídica es un

insulto al arte y a la verdad. Todo gran escritor es un gran embaucador”. Y punto. Pero ya me he cansado. Y es que, a pesar de que no hay día en que no vea borradas las fronteras entre la realidad y la ficción sobre las que bailo, la pregunta nacional sigue ahí, como un dinosaurio inamovible. ¿Hay realidad en su ficción? ¡Toma ya!, que diría Céline. Últimamente, habiendo publicado un libro sobre París, me limito a citarles a Boris Vian (“todo en mi novela es verdad porque está todo inventado”), o bien a mí mismo (“también un relato autobiográfico es una ficción entre muchas posibles”), y muy especialmente a Roland Barthes: “ Toda autobiografía es ficcional y toda ficción es autobiográfica”.

Yo creo que mis libros deberían ser vistos como lo que realmente siempre han sido: libros escritos por personajes de novela. Un lector me pregunta ahora: ¿Lo dice de verdad? Y añade: Perdóne la pregunta, pero es que soy español de la verdad cristiana. Pues claro que lo digo de verdad, le contesto, pero tenga en cuenta que la verdad no es necesariamente lo opuesto de la ficción. ¿Y está seguro de esto?, me pregunta. Pues tan seguro, le respondo, como de que un dictador (aquel que decía “españoles todos”) está bien muerto, y el realismo de la estirpe de aquel asesino también, aunque no para los españoles todos, muchos de ellos felices viviendo en la mayoría absoluta de su realismo literario de serrín y caspa. Porque España, a pesar de la tan traída y llevada modernidad de Almodóvar, sigue siendo un país nada ambiguo y muy plano y *zaplano* y profunda y obscenamente inculto. Véase, sin ir más lejos, la confusión de los ministros de Aznar entre autor y narrador en el caso del libro de Hernán Migoya. En España, con notable putrefacción artística, ministros y plebe se abrazan en su única realidad posible: la mayoría absoluta de su realismo sucio de cáscaras de gambas e insulto, serrín y escupitajo.

¡Son tan realistas! Así las cosas, en casa ensayo exiliarme y luego lo cuento, explico que escribo ensayos mezclados con cuentos. Quiero seguir siendo “un explorador que avanza hacia el vacío” (Kafka), y así seguir dándole a mis palabras sentido, dándoles sombra: un sentido que dice que en mi país nada ambiguo no avanza, pero mi vida lo hará por mí exiliándose. Y bien está que así sea, me digo, mientras pienso en aquel clásico que dijo: “Mirad cómo, bien lejos de vosotros, mi vida avanza tranquila”. Aunque no sé de qué clásico hablo. ¿Sabré en el vacío encontrarlo? No está entre los clásicos que aprecian los españoles todos. Lo sé. Por eso avanzo.

el vuelo del gato samurai

Acabo de soñar una pesadilla en la que una criatura felina asesinaba a la gente:

Concepto de terror común. No importa. Aún así despierto asustado y demoro en ubicarme de nuevo en el hospital:

Estoy sentado en un sillón incómodo para dormir que está junto a la cama donde Laura, toda atravesada de rayos X, respira normal y duerme.

Amanece.

Me levanto.

En las paredes cuelgan brillantes tomografías de varias partes de su cuerpo. Parece la galería de un museo. Una exposición de Laura por dentro (hay una Laura *por dentro*), obras de muchos médicos artistas excitados que no logran descubrir qué es lo que tiene.

Toco el cristal de la ventana. Entonces la veo.

(The truth is out there again.)

(The truth is always out there.)

La criatura con la que acabo de soñar, evidentemente.

Una raya que cruza el aire a la supervelocidad de un corte.

Recuerdo vagamente una serie dibujos animados japoneses. Pero no doy con el título.

Enciendo el televisor. En el noticiero de la mañana ya están hablando de la criatura. Le han puesto nombre. Creen que se trata de un fenómeno meteorológico. Hay muertos.

Otro canal, otros expertos sugieren que es una inteligencia venida de otro planeta.

Apago el televisor.

Laura sigue durmiendo.

Salgo (ya es hora de salir) de su galería de imágenes.

Todas las enfermeras que me cruzo por los pasillos se me quedan mirando. Oigo el cuchichear de sus miradas: Ése es el que te dije... ¿El que salió del coma? No, el que está *con ella*. Ay, el pobre, se ve tan destruido...

Siento que hasta las cámaras de las puertas del hospital me filman con lástima.

Afuera las calles están vacías y el cielo, simplemente, no está. Lo que hay es una amenaza con nubes y ozono y pájaros emigrantes. No veo la raya. No veo ninguna inteligencia meteorológica. Hago un gesto con el brazo y aparece un taxi.

—Vámonos de aquí —le digo al taxista: un sujeto con parche en un ojo y gran párpado sobre el otro. Se parece a Garfield.

—Ésa es una gran frase —observa el tipo—. Pero tiene que decirme adónde.

Le doy mi dirección. O le doy la dirección de ella.

—¿Va muy apurado?

—¿Por qué?

—Porque yo tengo que trabajar. No sólo soy taxista, ¿sabe? Aprovecho los viajes para repartir.

Señala el asiento al lado suyo y me doy cuenta de que está ocupado por una torre de cajas de pizzas. Me he montado con un taxista repartidor de pizzas. No es gran cosa. También he oído de taxistas que conducen programas de radio (sobre política y finanzas, la mayoría) y cuando te montas con ellos te hacen entrevistas en vivo.

—No se preocupe —le digo—. Tómese el tiempo que le haga falta.

—Gracias, amigo. Si pudiera, le regalara una. Pero si yo fuera el dueño de la pizzería no estaría en este taxi con usted, ¿me entiende?

—No mucho, en realidad —y de repente recuerdo cómo se llamaban aquellos animados japoneses: Samurai Pizza Cats.

«No intenten hacerlo en casa, niños. Somos profesionales.»

Le pregunto al taxista si no le da miedo la criatura que sobrevuela La Habana.

—¿Eso? Eso no le da miedo a nadie. —Hace un giro brusco para no atropellar a un grupo de personas que aparecen huyendo y gritando—. Además, yo siempre digo una cosa: primero las pizzas, después el terror.

Nos desviamos hacia un barrio de vida residencial, apartado y verde, para efectuar las entregas. Tranquilidad absoluta. Me acomodo en el asiento. De pronto...

Tras una curva, una silueta rodante con curvas. Un frenazo.

Muchacha en patines. No venía precisamente huyendo. Y ahora ni siquiera parece asustada. Ha puesto una mano sobre el capó del taxi, como para detenerlo, y con la otra mano se descubre los ojos antes cubiertos por gafas oscuras. Nos mira un eterno segundo a través del parabrisas antes de acercarse rodando a la ventanilla del conductor.

—Por Dios, niña, ten más cuidado —dice el conductor.

Ella sonríe. Mete divertida la cabeza. Trenzadas doradas.

—Yo también quiero repartir —dice con voz suave.

El repartidor, por supuesto, se lo toma al pie de la letra:

—Pues ve a ver al dueño de la pizzería. No soy yo.

Ella mira al asiento de atrás.

Yo estoy en el asiento de atrás.

—Hola, extraño.

No digo nada. Quizás sonrío.

Me pregunto si me habrá reconocido.

Me pregunto si habrá algo o alguien allá afuera.

Y me pregunto por qué los otakus cubanos han enmudecido todos.

—¿Él no habla?

—No en nuestro idioma —dice Garfield—. Usa una jerga muy contaminada.

—¿En serio? —la patinadora pone ojos grandes. Parece de lo más interesada.

—No, en realidad es un espía —sigue Garfield—. No dice nada para escucharlo y grabarlo todo mejor.

—Oh.

Patinadora mirándome con sumo interés.

Digo:

—Estoy muerto.

El taxista aprueba con la cabeza:

—Yo lo recogí frente a un hospital.

Digo:

—Acabo de salir de un coma muy largo.

—Pobrecito —dice ella—. ¿Cuán largo?

—De antes de que tú nacieras.

—¿Y te acuerdas cómo era antes?

—Oigan, yo tengo que irme —protesta el taxi.

—Antes de ti las cosas rodaban a una velocidad. Ahora las cosas *son* velocidad.

—¿Has visto la raya? —pregunta ella. El taxista hace un gesto de ya es suficiente y la pregunta parece quedar suspendida y saltar y desaparecer en el aire. Como la raya. Y ahora que el taxi se aleja yo sé

—Adiós, extraño.

que ella me ha reconocido perfectamente aunque no lo sepa y que en alguna otra historia (siempre hay otra historia) nos volveremos a encontrar.

—Niños ricos —murmura Garfield—. Quién los entiende.

Unas cuadras adelante, un grupo de niños ricos hace de grupo de rock ensayando en un garaje. Del garaje sale un sonido que no se entiende.

Son buenos, pienso. La música no sirve pero ellos son buenos.

Más de la mitad de las pizzas bajan del taxi y van hacia ellos. Partida de rockettes hambrientas. Cesa el ruido. En la entrada del garaje rodean a Garfield y hay movimientos de buscar dinero en bolsillos de jeans, se abren cajas, pizzas a la boca, de repente los movimientos se precipitan y se confunden. Ha habido un grito. Alguien ha vomitado. La escena se me hace extrañamente lejana. Pudiera bajar la ventanilla o bajarme yo para averiguar qué sucede, pero no lo hago. Me siento extrañamente tranquilo. Garfield viene de regreso al taxi y tras él viene uno de los chicos discutiendo algo. Garfield le dice que vayan a discutir con el dueño de la pizzería. Que no es él, por supuesto. Él no tiene la culpa.

El chico me ve. Tiene un trozo de pizza en la mano.

—Colega, ¿tú has probado esto?

Le digo que no con la cabeza.

Demasiado, demasiado tranquilo. Ni hambre tengo.

—Vas a perder el trabajo, pirata —le dice otro chico o chica al pirata, que ya está agarrando el timón—. Y cuando te encontremos solo por ahí vas a perder el otro ojo. Y después vamos a dedicarte una canción.

—Ay mi madre, se me olvidaba que ustedes hacen canciones.

Despegamos rápidamente bajo un ataque de piedras y pedazos de pizzas proyectiles.

Cuando nos perdemos de vista pregunto qué pasó, y acto seguido me doy cuenta de que ha sido una pregunta reflejo, no tengo el menor interés. El taxista sólo dice:

—Sospechan de todo, por cualquier cosa se asustan. Ya no quedan estómagos.

Sigue rezongando mientras le pasamos por delante a grandes casas, terrenos deportivos y malls. Después consulta direcciones anotadas en un mapa.

—No, no estamos perdidos —aclara—. Estos barrios son así. *Repetitivos*.

En varias repeticiones vamos entregando las pizzas que faltan por entregar:

A un mendigo aburrido en temporada baja. (Nos dice que sus dos profesiones, Santa Claus y deshollinador, ya no alcanzan ni para ahorrar y comprarse un boleto de avión que lo lleve un poco más al norte. Yo le pregunto: ¿Al norte de qué?)

A un entrenador de perros locales a los que apeete una buena pizza de carne humana entre descuartizamiento y descuartizamiento.

A mayordomos con espaldas de guardaespaldas que miran la caja grasienta, slow fat-food, como diciendo: No sé cómo puedo trabajar para gente que come esto.

A un vendedor de polvo y helados en un parque con fuente circular.

A un mendigo aburrido en temporada baja. (Nos dice que sus dos profesiones, Santa Claus y deshollinador, ya no alcanzan ni para ahorrar y comprarse un boleto de avión que lo lleve un poco más al norte. Yo le pregunto: ¿Al norte de qué?)

A dos o tres extras de una comedia de artes marciales en pleno rodaje.

Etcétera.

La penúltima es para una señora tipo ama de casa que nos espera, probablemente desesperada, en el portal de su casa.

Por la acera de enfrente pasa un niño en velocipedo. Me pongo a mirarlo con más que tranquilidad.

Ausencia.

En cuanto Garfield se baja del taxi la vuelvo a ver.

Una parábola que emerge de algún punto en el follaje fastuoso de la calle y cae en picado sobre el niño.

Pero no llega a picarlo.

El aire se rasga justo frente a él.

Él da un salto y queda parado sobre su velocipedo, pie en el manubrio y pie en el asiento, las manitos cerradas como puños. Comprendo que este niño va a intentar defenderse de cualquier cosa.

La criatura sube y vuelve a caer. Los movimientos son como instantáneas que se difuminan. El niño, en equilibrio sobre su vehículo, esquivo a una velocidad de esquivar balas. Por supuesto, ya no veo esa clase de movimientos. Ya no veo nada. Pero ahí está el niño tirándole patadas y piñazos al aire. Uno de sus golpes parece impactar la raya: algo como un filo se detiene y se abre y por un momento es la forma vertical de una pupila de gato. Luego, quizás por el rebote, el niño está en el suelo. Y cuando se levanta su velocipedo está cortado al medio. No hay mucho más que hacer. Pero el niño no trata de huir. Tan pequeño y ha entendido que la huida es imposible. La raya finalmente acierta y lo atraviesa en diagonal y al instante se retira del espacio rayado. Queda una brisa moviendo las hojas.

El niño permanece de pie, las dos mitades de su tronco unidas hasta que la mitad superior se desliza sobre la inferior y ambas caen, un brazo por cada lado, dos piezas de ropa cara y carne salpicando la acera roja.

No he visto nada, pero lo he visto todo.

Sin darme cuenta he salido del taxi.

Escucho a mis espaldas los restos de una discusión entre el taxista y la cliente. Ama de casa histérica. Insultos. La palabra *sangre*. Te voy a denunciar, hijo de puta. La expresión *sangre caliente con queso*.

Ya puedo adivinar de qué se trata.

Creo.

Cruzo la calle para ver de cerca lo que ha quedado del velocipedo y del niño. No sé si debo tener miedo de que la criatura vuelva. No lo tengo.

Cuando llego a la escena Garfield me llama:

—Amigo, ya terminé. ¿Te llevo o te vas caminando?

Tiene esa expresión urgente de quien no puede contener mucho más las ganas de estrangular a una mujer. Atrás, en el portal de la casa, hay una escoba en alto y agudas amenazas de llamar a la policía.

Abandono la imagen. Me meto en el taxi y no sé por qué vuelvo a dar la dirección. La mía o la Laura. Pero el taxista no me escucha. Está concentrado en pisar a fondo el acelerador y en descargar todo su enojo al fondo de mis oídos:

—¿Cuál es el maldito problema de esta gente? ¿Qué sentido tiene pedir una pizza para luego volverse locos? Que si esto no parece salsa de tomate, que si lo otro no huele a jamón, que si no sé lo que me estoy comiendo... ¡Por Dios! Quieren interpretar las puñeteras pizzas en lugar de comérselas. ¡La pizza no es un concepto!

—¿No lo es? —pregunto distraído, por decir algo inútil, mirando por la ventanilla. Hemos dejado atrás el barrio residencial y aún queda una caja, la última, en el asiento delantero.

—En realidad lo que tienen es miedo, déjame decirte. Tienen miedo a que les guste. Tienen miedo a reconocer que han comido y que les ha gustado. Porque saben, y saben que los demás saben, y yo lo sé, que después las cosas serán diferentes. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Totalmente —miento sin pensar.

(Es decir: miento pensando en el niño muerto, en las próximas noticias de la televisión, en los enmudecidos que contarán la otra historia.)

No hablamos más durante el trayecto. Inmóvil, la ciudad continúa moviéndose entre el espanto y la desidia. Garfield me deja en algún lugar de Nuevo Vedado. Le extiendo unos billetes y él me extiende la caja.

—No puedes regalármela —le recuerdo—. Tú no eres el dueño la pizzería.

—No, pero soy el dueño de esta pizza. Cómetela tú que yo ya no tengo hambre.

Me desea buena suerte, o buen apetito, o simplemente dice adiós y después se va. Me quedo mirando el taxi que se

aleja. No tengo dónde anotar, así que seguramente olvidaré el número de la chapa.

Aunque no sé para qué querría yo el número de la chapa.

Entro a la casa, enciendo la luz y la veo.

Tirada en el sofá.

Despeinada. Ojerosa.

Cubierta con una manta.

Me mira. No está dormida.

Supongo que yo tampoco lo estoy.

—Laura —digo, y su nombre duele en mi piel como un pellizco—. Laura, Laura, ¿qué haces aquí?

—Sorpresa. Vine volando.

Ahora ella me cuenta su huida del hospital:

La versión más absurda de su huida del hospital:

Intercambió ropas con una enfermera inconsciente, previamente golpeada en la cabeza y puesta a dormir con barbitúricos, y salió de la sala y al poco rato empezó a sonar una alarma. Correteo de médicos por los pasillos detrás de ella. Se escondió en armarios y carritos de limpieza. Le hizo sexo oral a un estudiante para que la dejara estar un rato entre los cadáveres. Aprovechó unos conductos de aire para llegar al parking subterráneo. Allí intentó robar una ambulancia pero uno de los médicos que la habían atendido (todos los médicos de todas las especialidades del hospital la atendieron) le apuntó con una jeringuilla cargada

—¿Cargada con qué?

—Déjame terminar.

y pidió refuerzos que llegaron inmediatamente. La rodearon. Iban a apresarla pero ella se quitó el uniforme de enfermera y, desnuda como la muerte, les habló. Y los asustó. Hasta paralizarlos. Habló de su cuerpo con una voz tremenda que no era la suya. Una voz que rebotaba en las paredes declarando que el cuerpo de Laura era un territorio inorgánico, una superficie experimental o tóxica. Créanlo, decía la voz. Ustedes no me conocen. Allá ustedes si acercan a mí. Yo soy lo que ustedes temen, la pesadilla que no le van a contar a nadie.

La dejaron ir.

—Estoy segura de que fue un alivio para ellos. Estoy segura de que por muchas pruebas que inventaran para hacerme, nunca iban a llegar a un diagnóstico.

Yo he llegado a uno. Pero no se lo digo.

Me siento junto a ella.

Le acaricio el pelo.

—¿Dónde estuviste?

—Por ahí —respondo—. Te traje algo de comer.

—Me muero de hambre —dice, y su boca comienza débilmente a sonreír.

THE REVOLUTION EVENING POST

THE REVOLUTION EVENING POST



THE REVOLUTION EVENING POST